

CONEXIONES DEL CUERPO Y LA MENTE

**ERO-RELATOS Y
POEMAS DE
UNA MENTE
SOÑADORA**

B.S.R.

Be'S ART 

Los siguientes relatos que encontraréis en este libro, son de contenido erótico.

Los poemas en cambio, nada tienen que ver con el erotismo.

Lo que vengo a mostrar con esta narrativa, son las diferentes facetas de mi escritura, porque prefiero no ser encasillada en ningún tipo de literatura concreta, ya que diversas historias rondan mi cabeza y creatividad.

DISFRÚTENLAS

Be's Art®

TENTACIÓN INEVITABLE

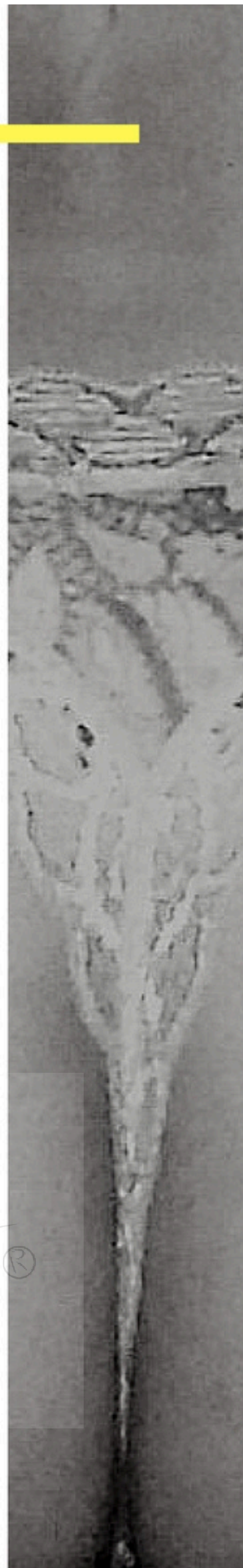
Prohibidos a miles de kilómetros, donde nadie podía descubrirlos, con sus conciencias por única barrera, comenzaba a ser evidente la distancia que ponían, para no dejarse llevar.

Todo había comenzado con la simple casualidad, de tropezarse en la otra esquina del océano; donde las aguas eran cálidas y vibrantes, como sus sexos cada vez que sus brazos se enlazaban, para abrazarse como simples amigos.

Las bromas y tonterías, comenzaban a acompañarse de miradas con voz, que ocultaban al deseo de follarse, pero que, desde la distancia, donde ninguno se percataba de la mirada del otro, sus interiores gritaban que se masturbarían pensando en ellos.

Cuanto más se evitaban, más se fantaseaban... en ocasiones la tensión se palpaba, pero era tan... tan difícil dar el paso por miedo a la amistad, que lo dejaban pasar.

El solía observarla en los atardeceres, cuando el agua marina la rodeaba, dibujando su silueta bajo los caídos rayos de sol, que se marchaban. Allí, detrás de su ventana, se acariciaba viendo como ella se zambullía y resaltaba la montaña de su trasero, cada vez que una nueva brazada la deslizaba sobre el mar.



Ni por un instante pensó que cada zambullida que ella daba, era para sofocar al calor que el recuerdo de él le provocaba. Bajo las aguas, ella deslizaba las puntas de sus dedos, percibiendo el tacto soñado que no cesaba, y que una vez palpado su excitado clítoris, se frenaba para encerrar a la marejada, que se encabritaba entre sus muslos.

La atracción cada vez era más insoportable e insostenible, distanciándolos en cuerpo, pero no en pensamiento; y así pasó otra semana hasta llegar a la última del mes de julio, donde aquella noche mientras él paseaba al borde de su caseta de playa, la descubrió nadando en las aguas iluminadas por la luna. Reconoció aquella silueta que ya lo enloquecía, e hipnotizado por el embrujo del encuentro, se dirigió a la orilla.

El agua fresca se coló entre sus pies calientes, que se adentraban decididos en busca de lo que ya no controlaba y se adentró embelesado hasta la manzana prohibida, que le aguardaba.

Cuando ella se percató del intruso que la rondaba, pasó las manos sobre el cabello mojado descubriendo a sus desnudos pechos, que se empitonaban expectantes a quien se aproximaba. Ella también conocía aquellas formas que se le acercaban, y conteniendo a la excitación se hundió en el agua cubriéndose hasta el cuello, y caminando hacia atrás.

-No hullas – dijo él rompiendo el silencio de la oscuridad.

-Ya no se puede controlar – buceó hasta salir frente a su rostro que evitaba mirarlo fijamente – Lo hemos intentado... pero ya es irrevocable.

La luz de la luna brillaba en el torso desnudo y húmedo de él, sus ojos la miraban con el deseo de cien hombres juntos, y la distancia que hacía solo unos segundos los separaba,

ya había pasado aun segundo plano, dando entrada a la mano de él que tocaba su vientre encogido por la tensión. Aun con toda la cantidad de agua que los envolvía, la humedad del sexo de ella se escapó de su vagina, cuando él la rozó entre las piernas con su gruesa polla, que ascendía buscando la cúspide del placer.

El sonido del suspiro se les escapó cuando sus pechos se apretaron y la boca de él descendió para lamerlos, como los sabrosos frutos de la pasión que eran.

Las corrientes se alinearon empujándolos a ser uno solo, y rodeado por las piernas de ella, la penetró con esmero, presionándola del culo y no dejando que ni un solo resquicio de su interior, quedase sin explorar.

Escucharla jadear al tiempo que le restregaba los pechos por la boca, se la puso dura como nunca recordó. Aquello ya no tenía vuelta atrás, y arrastrados por la marea hasta la orilla, se tumbó dejándola cabalgar como posesa para poder observar cada curva de su cuerpo y disfrutar de los lamidos y besos, que le recorrían el pecho.

Los gemidos se alteraron, y cuando ella estalló de placer clavándole las uñas en los hombros, se giró y mostrándole el redondo culo, se lo empinó para volver a cabalgarlo hacia atrás. Dios!!! él no podía más, esa hembra lo iba hacer reventar con tanto vaivén. Se subía y se bajaba, se contoneaba, aquella mujer sabía cómo hacer enloquecer a un hombre, y cuando creía que ya no podía haber nada más, ella le gritó.

-FÓLLAME MI MACHO, HAZME TUYA.

Presionó sus huevos contra su clítoris y por inusual que pareciese, los dos se corrieron al compás, mojados por todos lados y cubiertos de fina arena, sin poder dejar de jadear.



17 DÍAS DE CALENTÓN

Ansiosos pasaban los minutos a la espera de su vuelo sentado frente a la puerta de embarque.

El ciber-sexo de la noche anterior, le había permitido volver a ver el apetecible cuerpo que le aguardaba en N.Y, el cual conoció siete años atrás en República Dominicana. Su corrida había salpicado completamente la pantalla del ordenador, y hasta esa misma mañana, los restos se colaban entre las teclas del teclado, imposibles de limpiar.

Recordaba el momento en que la conoció, sentada en la barra del bar dentro de la piscina, con aquel diminuto bikini que cubría lo justo y necesario, para dar rienda suelta a su imaginación.

Una cortada carcajada se le escapó recordando como en aquel momento, la imaginó a cuatro patas sobre su cama, envistiéndola por atrás. En aquel viaje, aquella fantasía se cumplió, pero en los diecisiete días venideros... ¿Cuales se harían realidad?



Las horas de vuelo parecieron años, pero valieron la pena ya que la recompensa lo esperaba nada mas pisar suelo norteamericano. El JFK, rebosaba como habitualmente, pero ella no aparecía; giró sobre si mismo varias veces sin éxito ninguno, y cuando decidió activar el móvil para telefonarla, un mensaje llegó.

"Ves a los baños de la salida norte, te espero en la tercera letrina..."

Acelerando el paso y arrastrando la única maleta que lo acompañaba, preguntó por la salida norte y descubriéndolo en cuestión de cinco minutos, salió al trote hasta alcanzar la puerta de los baños de señoras.

Inspeccionó que nadie se hallara dentro y la llamó susurrante... nadie contestó.

¿Estaría en el de caballeros?

Miró la pantalla del móvil y a punto de comenzar a escribir, otro mensaje llegó.

"Comienzo a tener frio, necesito de tu calor....."

Metió el móvil en el bolsillo y con cuatro pasos más, abrió la puerta del baño. Solo dos caballeros se encontraban lavándose las manos y en segundos desaparecieron.

-Susan - dijo en voz baja ante la tercera letrina.

Tras ella, el cerrojo chirrió entre abriendo la puerta. Con la punta de los dedos la empujó y descubrió a la musa de sus fantasías, cubierta por un sugerente sujetador y tanga en encaje negro, una gabardina color cámel le caía sobre los hombros, y el cabello negro liso, rozaba uno de sus pechos.

Ella estiró su mano y cogiéndolo del cinturón, lo adentró cerrando la puerta con una pierna. Con la otra mano, sujetó su cabeza y la hundió en el canalillo de sus pechos asfixiándolo con su talla 110 de jugosa y apetecible carne; mientras él desabrochaba su pantalón para sacarse la empalmada mina de sexo que ya le apartaba el tanga para metérsela.

La levantó en peso y la penetró con desenfreno.

-Ay mi pinga española, como he ansiado este momento - dijo antes de comerle la boca y relamerla con su lengua.

Así comenzó la aventura neoyorkina de sus 17 fogosos días de calentura.

Al cuarto día ya había pasado por todas las estancias del apartamento de Susan, dejando cada uno de ellas como la gran marabunta, sin mueble sin rozar o arañar, con sábanas empapadas de sudor o flujo carnal; el mito de la centrifugadora... en aquel país era real... ¡POR TODOS LOS SANTOS! ¿Como una máquina de lavar podía dar tanto juego en el acto de follar?

Pablo creía que ningún juego más le quedaba por descubrir o experimentar, pero aquella latina siempre lo sorprendía con algo inusual..... y mira que él se consideraba todo un crack en fantasías sexuales, pero al parecer, le quedaba mucho por aprender.

Lo que descubrió de esa mujer, fue que era una fetichista de lugares públicos, de la desnudez de un hombre bajo la ropa..... la ponía a cien saber que su miembro andaba suelto bajo el pantalón...

y lo que más la excitaba y descontrolaba, era unir esas dos cosas en la parte de atrás de un coche.

Así que la décima noche de salidas nocturnas, ella lo había abandonado a escasos minutos de la cena, dejándolo con la incertidumbre del pensamiento que le rondaría por la cabeza.

A las nueve y media, el claxon de un coche se dejó sonar repetidamente e invitándolo a asomar por la ventana. Una mano salía por la ventanilla del conductor indicándole que bajara, pero lo que le hizo acelerar el paso, fue comprobar que en la mano de ella, sus braguitas giraban sobre el dedo.

Acariciando su verga que se empalmaba bajo el pantalón, ausente de calzoncillos, fantaseó con rozársela por el fruto rosado y maduro que ella guardaba entre sus piernas.

Conforme las puertas se abrieron, corrió hacia el vehículo y se lanzó al interior. Ella arrancó y mientras con su mano derecha se la tocaba sobre la tela, sintiéndola crecer, le dijo que metiese su mano bajo su falda al tiempo que abría las piernas y soltaba un suspiro de placer, y lamía sus propios labios, entornando los ojos.

Dos manzanas mas adelante, aparcó en un callejón cubierto por la luz tenue de una farola, donde una típica escalera de esas neoyorkinas, dejaba escapar a los amantes que no querían ser descubiertos.

Saltando al asiento de atrás, subió su falda hasta la cintura y descubrió los pechos desnudos, culminados en negros pezones pellizcados por los dedos juguetones de sus manos.

Pabló saltó como gato en celo y hundió su cabeza entre las piernas de ella, su lengua lamió y relamió de un extremo a otro la raja de su fruto de la pasión, absorbiéndolo y dando giros desmesurados en su clítoris.

Susan apoyaba sus manos en el techo del coche, balanceándose adelante y atrás, pidiéndole más...

Una pareja que pasaba por el callejón rio al percatarse de lo que ocurría en el interior del coche, y bajo la mirada atenta de Susan, que esperaba ese momento, dio un giro y se puso a cuatro patas para abrir su bragueta con la boca y comerse la vibrante pinga de su español, que la estiraba del pelo para indicarle el ritmo que quería que llevase.

Introdujo sus testículos en su boca y jugó con ellos dentro de ella, los sacó y lamió desde bajo hasta la punta, para volvérsela a introducir hasta la garganta.

El gemido de Pablo se hizo eco en el callejón, y aquello envalantonó a Susan, que le arrancó la camisa de un tirón y se tumbó sobre él, para metérsela hasta el punto G de su cueva del delirio.

Y fue ella quien lo folló, brincando como posesa y estrujándole las tetas por toda la cara. Pablo la agarró del culo y abriéndoselo, la presionó reventando con espasmos que temblaron desde su interior hasta el exterior, sintiendo su polla palpar, exhausta e inflamada.

-Si me quedo un día más, me matarás - confesó todavía abrazado a ella, mientras Susan reía soltando algún resoplido de calor.

-Pues mi amor, siete días de pecado mas nos aguardan... Y eso sucedió..... siete días de explosión, que acabaron con una petición de mano, a la cual ella respondió....

-No mi amor, yo soy la mujer del frenesí, no la que te lavará los calsones susios cada día... Así que.... vuelve cuando quieras para disfrutar de mi fresón.



UNA BUENA EMBESTIDA

Desde bien joven el sexo no había faltado en su vida, y con los dedos de la mano podía contar las veces que le habían echado un buen polvo. Así que cada noche, después de su intervención en el programa de radio, regresaba a casa pensando en si la largaría de la pinga de su compañero, sería igual que su estatura.

Una vez metida en cama, estiraba la mano hasta el cajón de su mesilla y sacaba el consolador XXL, que había comprado en su última visita al sex-shop del barrio, metiéndosela hasta el fondo y disfrutando como una perra.

Fantaseaba día tras día en cómo sería lamer el largo y apetecible cuerpo de su compañero, en si toda esa polla que se marcaba bajo su pantalón, le entraría en la boca.

Y en el último programa de esa semana, cuando todos abandonaron la emisora, ella y él, decidieron alargar la jornada para planificar el siguiente programa. Aquello era la excusa perfecta para Daniela. Simulando que el calor la envolvía, desabrochó provocadora el tercer botón de su camisa, mostrando el encaje del sostén; él la miró de reojo; aunque su programa era de lo más picaresco y ardiente, nunca se le pasó por la cabeza que ella quisiera probar, lo que él guardaba en su entre pierna. Pero ella provocó un poco más, y cuando pasó por su lado, rozó con un pecho la nuca de él.

Se empalmó, y sin pensarlo, se giró en el taburete agarrándola de la cintura y sentándola sobre sus piernas. La restregó con ansia y estiró de la camisa arrancando cualquier botón que quedase sujeto, le sacó los pechos escondidos bajo el encaje y los estrujó.

Daniela poseída por el roce de la polla empalmada, se quitó las bragas y le desabrochó el pantalón para sacársela y metérsela, al tempo que un alarido de gozo se le escapaba de la garganta, sintiéndola dentro de ella.

Cabalgó sobre él, cogió sus manos para que siguiesen pechizcándole los pezones, jadeó cada vez más alterada, y cuando comenzó a pedirle más intensidad; él la levantó con su polla regocijada en sus mojadas paredes y la puso a cuatro patas sobre la mesa.

-Ahora verás – dijo él. ®

-¡Envísteme, envísteme; – gritó Daniela.

Y así lo hizo. La sacudida que su pollón le metió, la premió con una corrida inesperada, seguida de un multiorgasmo que se incrementó, cada vez que él se la restregó.



EL NUMEN DE MIS MASTURBA.CIONES

Y te convertiste en mi numen....
(NUMEN=MUSA/INSPIRACIÓN)

Siempre en esa esquina, con tu sonrisa y tu sonrojez que parecen ansiosas por verme llegar, moviendo las pupilas de lado a lado, aguardando al momento en que se encuentren... primero un nervioso y todavía más sofocado saludo por tu parte, y por la mía... otro fugaz saludo que intenta ocultar que yo estoy más nerviosa que tu... después... la contención de querer acercarnos y no poder hacerlo...

Tentados el uno por el otro, sin posibilidad de ni siquiera confesarlo... hablando sin hacerlo... tocándonos sin tocarnos...



Tantas veces te he visualizado, te he imaginado en lugares donde nadie nos conociera, pudiendo disfrutar aunque fuese por un instante de tu compañía; dejándome ver esa sonrisa tan bonita que se te dibuja, sintiendo tu tensión entrelazándose a la mía...

Me eres tan prohibido, que me obligo a no recordarte, a rogar por no tropezarte para no ansiarte.

Y en mi silencio envidio a las que pueden deleitarse con tus placeres, a esas que disfrutan de tu cercanía... y a veces invento que soy una de ellas, que soy la jovencita que corretea tus alrededores, llamando tu atención e invitándote a llevarte conmigo.

Intento saber cómo se sienten tus caricias al pasar mis manos sobre mi piel desnuda, presiono mis labios buscando el calor de los tuyos... susurros imaginarios proceden de tu boca deslizándose por mi oído... confesándome que te mueres de deseo, que la atracción que sientes por mí ya no se te puede resistir... que quieres saber al igual que yo, si son ciertos los placeres que nuestras mentes idean para nosotros...

Quiero descubrir el verdadero color de tu iris, observar de cerca tus detalles, saber a qué sabes, a que hueles... y poder confesarte, que desde la primera vez que me percaté, en cómo me miraste, me calentaste.

Ayyy... que satisfactorio sería que el dedo que se desliza hacia mi vagina fuese tu pene... viril y mojado, propinante de placeres.

Agito mi pepita, la presiono, la humedezco con el flujo que se me escapa y la vuelvo a agitar, sintiendo como mis pezones se alzan necesitados de tus caricias, de tu lengua que los lame...

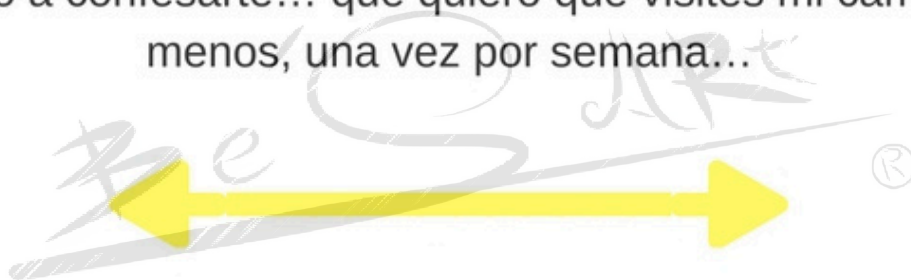
El movimiento de mi dedo se crece y cada vez más fuerte, el sexo se me humedece...

-Sigue, sigue...- digo imaginando tu voz.

Me tuerzo de convulsión... y entonces me lo meto hasta dentro, y más que calado, lo saco para restregarlo por mi clítoris que ya no puede más y se disuelve entre mis labios colorados y ese dedo que tan bien se mueve.

Me corro, me corro... pensando que tu pene se me mete.... Desde mi ventana te sigo observando, a través de mis ojos de treintañera que se ciegan con tus veinte, con ese torso marcado y moreno, con esa cara de niño inocente... me revuelco por mi cama restregándome con las almohadas, soñando que te follo con esmero, con soltura....

Cuantos orgasmos propinan mis manos ansiando las tuyas, cuantos apretones de culo me doy hasta arañarme y volver a correrme... y una vez exhausta y más que alterada, me animo a confesarte... que quiero que visites mi cama, al menos, una vez por semana...



TIJERITAS DE BARRA

La añoranza perdida en sus ojos, reflejaba las canciones oídas, los bailes danzados, las palabras dichas y los abrazos cálidos, que con el aroma de las mimosas mecidas por las brisas procedentes del mar, la hacían recordar.

Jamás confesó sus grandes fantasías, y tampoco se arrepintió de ello... pero existían esos momentos donde la nostalgia de la piel pálida de ella la embriagaba. Tornándola de cristal, frágil y rompible, desdichada de lo perdido y no conservado.

Dudosa de si lo elegido para dictar su camino, se había convertido en lo acertado. Sus logros profesionales estaban alcanzados, los amores de una noche, más que complacidos, pero ese verdadero amor que reinaba en lo profundo de su ausentado corazón, seguía chirriando cada atardecer.



Entonces..... tumbada sobre la hierba fresca y húmeda, su almacenadora mente, la llevaba a esa noche; cuando todavía vivía en aquel pueblecito del suroeste de España. Cuando simplemente los sueños la evadían de la dura realidad, oculta en el pequeño rincón donde la mirada de su admiradora de barra, la fantaseaba con escenas de cama más que calientes. En las primeras palabras, ya se percibía la admiración por parte de la camarera; a las cuales ella y su inexperiencia lésbica, solo se lo traducían en admiración femenina, pero conforme los meses pasaban y la confianza aumentaba, las señales cada vez eran más captadas.

Comprendió que las lanzadas miradas y los roces cuando la rondaba, eran iguales que las de los hombres cuando la deseaban. A partir de aquel momento se planteó como sería el besar los labios de una de su mismo sexo, en si los roces de sus pechos, provocarían el mismo éxtasis que las manos de un hombre cuando se los estrujaba, pero..... ella siempre había alcanzado el nirvana cuando una buena minga la penetraba, y con una mujer..... ¿Cómo debía ser?

“Que ganas de pillarte tengo” – le dijo un día la camarera sin más en un cruce de calle.

Una sonrisa complacida y poco más, pero la noche antes del cierre por verano y sabiendo que no la vería en dos meses o más, se armó de valor, y engalanada en un sugerente escote y una diminuta falda, se sentó en la barra hasta la campanada final, donde todos se marcharon y las dejaron a solas, con sus copas y las risas producidas por el exceso de alcohol.

La invitó a entrar y pusiera la música que quisiese, mientras cerraba las puertas para que ningún entrometido las interrumpiese.

Con la luz tenue y el “mueve, mueve” de Descemer comenzando a sonar, la rodeó por atrás.

-¿Has hecho esto alguna vez? – susurró en su nuca.

-No – respondió nerviosa pero excitada.

-Pues yo te enseñaré – besó su cuello y soltó un leve suspiro de deseo – Déjate llevar...

Presionó sus pechos contra su espalda, deslizando sus manos con sigilo por sus costados hasta llegar a sus curvas caderas; sus largos dedos presionaban su vientre; juguetones y ascendentes hasta alcanzar sus tetas que las sacaba estirando de su escote, al tiempo que la giraba para lamerlas con esa lengua acaramelada y bien acostumbrada, a la carne de otra mujer.

Ella sentía como se humedecía en su entrepierna, como todo su coño palpitaba, deseando que aquella lengua lo hallara.

-Acuéstate en la barra – le ordenó.

Lo hizo sin reproches, dispuesta a hacer todo lo que ella le mandara. Decidida a probar una nueva experiencia, que por el momento, le encantaba.

Con las tetas alzadas, escapadas de su escote y la falda remangada a la cintura, la camarera se desnudó sensualmente, mostrándole el perfecto y esbelto cuerpo que ya se percibía, bajo ese escaso vestido de gasa roja.

Sus pechos no eran tan grandes como los de ella, pero eran firmes y empitonados; apetecibles al tacto; su vientre liso y terso, a conjuntado de un trasero respingón, que se remarcaba con un culote blanco en encaje.

-Eres preciosa – reconoció allí tumbada y centrando la vista en el pubis bien recortado de vello oscuro y rizado.

Con un sencillo movimiento de piernas, se colocó sobre ella. Antes de besarla, sus pezones se rozaron el uno con el otro, seguidos de frotaciones entre sus piernas.

-Y tú eres exótica y apetecible – sacó su lengua y relamió los carnosos labios que se mordía por el deseo de lo esperado.

Sus lenguas se enredaron y jugaron y jugaron..... Besar a otra mujer era mucho mejor que hacerlo con algunos hombres, que solo metían la lengua hasta el fondo y la giraban desesperados como si buscaran algo perdido.

¿En realidad existía alguna mujer a la que le gustase ese modo de besar? Seguramente no, pero tampoco ninguna que estuviese dispuesta a decirlo..... la cuestión es que aquella camarera besaba de muerte, y por como ronroneaba, estaba claro que ella también lo estaba haciendo bien.

Se dejó de vergüenzas y pasó a tocarla. Quería saber cómo de suave era su piel, a qué sabía.... Y con la experiencia heterosexual por carrera, decidió pasar a la acción. Era obvio que una mojigata no era, y sabía cómo le gustaba tocarse, así que decidió hacerlo del mismo modo que lo hacía en sus propias carnes.

Sus pezones ya se encontraban más que entretenidos, al igual que sus bocas, así que las manos correataron de arriba abajo, descubriendo sus detalles.

Deslizó las puntas de sus dedos por su columna hasta llegar al culo, donde con las palmas lo sujetó y lo presionó, se adentró deslizándose hacia el interior de sus muslos, y con los pulgares, le tocó el coño que se empapaba de placer.

La camarera gimió alzando la cabeza y cerrando los ojos. Ella continuó dejando una mano jugando ahí, y con la otra le agarró el pecho izquierdo, palpándolo y acariciándolo. El rito comenzaba a coger ritmo y cuando la camarera llevó su mano hasta el coño de ella, lo restregó con toda la palma.

Le comió las tetas y deslizándose abdomen abajo, le fue quitando la ropa y la desnudó por completo. Siguieron besándose, pasando sus manos por el pelo, por los brazos, la espalda, los muslos y piernas; no quedó un solo rincón sin cubrir de saliva o sudor, ardiente de deseo y júbilo. Sus manos, sus lenguas, tocaron y chuparon las colmenas del delirio de cada una de ellas, y adoptando la postura de las tijeritas, la camarera la enseñó a moverse para que sus clítoris se frotaran y se complementaran.

Enredadas la una a la otra, se amaron con desenfreno y locura. Gimieron como posesas abrumadas por los sexos que cuanto más se frotaban más se calentaban, alcanzando a un orgasmo de flujos vaginales y penetrantes, que turbaban el aroma del ambiente y las abrazaba acaloradas.

Con un jaleo de piernas y brazos, entrelazadas sobre la barra, se miraron a los ojos confidentes de lo sucedido, espasmadas por cada nuevo y electrificante movimiento de sus coños con una nueva frotada, sintiendo como el descendente cosquilleo de su sexual encuentro finalizaba.

-Adoro las tijeritas sobre la barra – confesó la inexperta pero entregada primeriza.

La camarera sonrió, y aplacando al calor, estiró del mango del grifo creando una cascada de agua fresca sobre sus cuerpos y dando comienzo a un nuevo sexual encuentro. Esta vez, la camarera, le enseñó cómo se corría un coño en verdad, como se lamía, como la lengua debía girar en el momento oportuno, como los labios debían besar y absorber, y nuevamente volver a la lengua, haciéndola estallar en un multiorgasmo de colores y subidas de tensión..... Aquello ya no fueron jadeos, si no gritos de explosión, empapados en agua y alcohol.

Todavía tumbada sobre la hierba y pasados ocho meses desde aquello, escribió un mensaje en su móvil.....
“Quiero que me vuelvas a hacer sudar..... todo me palpita cuando te pienso.....”

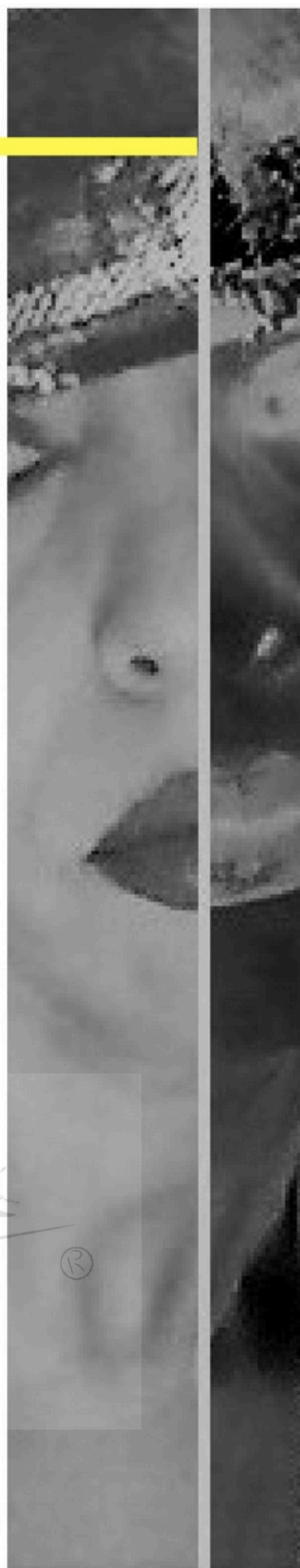


VIDA PARALELA

Tan fugaces habían pasado aquellos seis años desde que se conocieron, que parecían ayer.

Todavía recordaba en como se convirtió en la protagonista de sus fantasías, desde el primer momento en que abrió la puerta de su galería y se colocó tras el mostrador. Con su cabello negro y largo recogido en un moñete informal que dejaba escapar mechones sueltos por la cara, con un blusón de colores abstractos sujeto al cuello y descubriendo la espalda, seguido de unos minúsculos vaqueros ceñidos, que le mostraban la piel morena y un tanto bronceada por el comienzo del verano.

Su sonrisa y su seguridad al hablar, lo hipnotizaron un poco más... y conforme esos años pasaban y su amistad se acentuaba, la atracción sexual se intensificaba. Incluso cuando los brazos de su mujer lo acordonaban en las noches de alcoba, y el sexo abordaba sofocante y entregado, en su mente, las manos de ella, eran las que imaginaba.



Se sentía mal por alcanzar el orgasmo cuando su pensamiento chillaba su nombre y su esposa lo felicitaba por lo entregado que se había mostrado. Era detestable pensaba. Pero el cuerpo de su fiel mujer desde dos décadas atrás, solo le daba la seguridad de una vejez acompañada y secuaz.

Cierto era, que para él, el amor se componía en sus diferentes fases; la primera y bien corroborado la más apasionada, era cuando todo era bonito, misterioso, pasional, sexo loco y a todas horas; el momento donde crees o mejor dicho, donde tienes la certeza de que todo será así por siempre y el tiempo solo girará alrededor de los dos.

La segunda, y la más detestable para él, es esa donde los tres o cinco primeros años han pasado y sabes que debes avanzar o dar un paso más en tu relación; esta fase es la de tomar decisiones como... ¿Si te casarás? ¿Comprareis una casa juntos? ¿Tendréis hijos... etc...etc... o... acabas con todo y vuelta a empezar. En esta fase intentas recordar el por qué te enamoraste, que fue lo que os enganchó, intentas revivir el deseo y el ímpetu que te provocaba con solo mirarte... pero por mucho que lo recordemos, ya no se experimenta igual.

Después de esta fase, muchos dan el paso y otros no, y algunos se dan un descanso para aclarar los sentimientos. Y por último, llega la tercera, que es esa en la que has aceptado las decisiones y eres consecuente de las elecciones; en la que miras a tu pareja y palpas la plenitud de vuestra unión, en la que los gestos y los silencios ya son reconocidos sin necesidad de que las palabras los aclaren.

Quizás para muchos, la más sincera y la verdadera esencia del amor; pero para otros, y él se puede incluir en esta; la de las tentaciones. La tercera fase es la más peligrosa debido a que has alcanzado la capacidad de tu propio autocontrol emocional y tu conciencia ya no te puede recomer por dentro, y es, cuando buscas las emociones de la juventud pasada y muy añorada. Y eso le sucedió a él. La tarde que con la excusa perfecta y su mujer encontrándose a 780km con tierra de por medio, la citó en su galería para mostrarle el último cuadro que había pintado para ella.

Su aspecto había cambiado desde aquella primera aparición tras su mostrador, pero el afán por degustar sus carnes, seguía vigente y más persistente que entonces.

Se encontraba nervioso como un chiquillo en su primera vez, tenso como un junco y sin dejar de rondarle por la cabeza, el sí sería capaz esta vez de desembuchar las ganas de penetrarla que tenía.

Ella con sus treinta y el con sus cuarenta y cinco, pertenecían a decenios diferentes, pero compartían tal mutuo interés por las mismas inquietudes que les hizo crear un vínculo amistoso de lo más gratificante. En sus últimos encuentros, los roces inesperados, las miradas de admiración y las tensas despedidas hasta la próxima visita, habían abierto una puerta de posibilidades inimaginables, pero de evidencias, que mostraban que él no era el único que fantaseaba con ella.

Aunque su edad ya no le permitiese ese término tan usado para esa clase de chicas, él la veía como su "Lolita", tan joven, tan sensual y sexual para él, que lo hacían volverse un chaval.

Su nuevo aspecto, como ya había dicho, ensalzaba más a este término descriptivo que él habitualmente utilizaba para recordarla.

Apareció con ese vestidito blanco con diminutas cerezas rojas dibujadas, el cinturón rojo y estrecho ceñido a la cintura, el escote recto aguantado por los tirantes que acentuaban sus pechos, las bailarinas del mismo color intenso y el cabello recogido en una coleta desenfadada de colegiala.

Su piel tostada se resaltaba con el glosse brillante de sus labios y el colorete rosáceo, colocado como si nada en sus mejillas.

No pudo controlar el punzamiento que su estómago experimentó, cuando con un disimulado barrido visual la inspeccionó, desde sus pies hasta su pelo.

-¿Vas a alguna cita? – fue el único modo que encontró para decir que iba preciosa sin necesidad de confesarlo.

-Si – rio ella sacando ese humor intimidante y desafiante de indirectas, pero que nunca pasaban de ahí – He quedado con un señor apuesto que podría doblarme la edad – alzó las cejas y mostró la sonrisa pícaro antes de pasar al otro lado del mostrador – Así que tendrás que aligerar con lo que tienes que mostrarme, que ya llego tarde – continuó el juego.

Estuvo a punto de lanzarse sobre ella y levantarle ese corto vestido para hacérselo sobre el mostrador, pero aquella imagen pasó tan rápida como el giro que hizo, indicándole con una mano para que lo siguiese.

-De acuerdo, no la entretendré demasiado señorita – giró la cabeza para mostrarle la sonrisa juguetona que quería seguirle el rollo – No quisiera que tu... ¿anciano? – frunció el ceño ladeando la sonrisa en busca de la provocación de ella – Se durmiese antes de tu llegada.

Una risa jactosa seguida de un empujón de espalda, le llegó desde atrás colocándola a su lado y haciéndolos caminar al compás.

-¿Qué pintaste esta vez? – su tono confirmó que las bromas habían pasado aún segundo plano.

-¿Ah? – se hizo el interesante y alzó un dedo remarcando ese interés.

-Venga dímelo – ella siempre se desesperaba ante aquellos misterios que a él tanto le gustaban.

-Está aquí mismo – se adentró en la laberíntica galería interior donde guardaba las obras más cotizadas.

Apoyada en el pilar derecho, bajo el dintel de acceso a la galería, lo observó serpentear por los pasillos de cuadros apoyados, bajo esa mirada de ojos tristes que caracterizaba sus rasgos. Aquel hombre de aire cansado, cabello canoso y precipitadas entradas, jamás hubiese sido su prototipo de hombre elegido para satisfacer sus fantasías, pero el aura bohemia que lo envolvía, aquella sonrisa graciosa y sus inusuales ropas anacrónicas, sacadas de una película de Tim Barton, la cautivaron desde el tercer segundo.

En el primero ni siquiera lo miró, en el segundo, su voz ronca y rota llamó su atención, y en el tercero, ya pensó en cómo sería enrollarse con él.

-Aquí lo tienes – de atrás de una tela negra, desveló un lienzo de 50x50, con fondo blanco donde dos espirales alargadas se enlazaban en la parte superior y en el centro, entre ellas, un punto rojo chorreante de sangre desprendida, caía a la base, salpicando a dos cuerpos enlazados y creados con líneas abstractas.

Meticulosamente y desde la distancia, lo miró intuyendo el mensaje que transmitía, pero quiso que él confesase lo que quería decir con aquella pintura.

-¿En qué te inspiraste para crearlo? – le clavó el mirar desafiante. Por un instante él alzó la mirada y se la sostuvo unas milésimas de segundo, sintiendo de nuevo el nerviosismo y la inseguridad del chiquillo que le correteaba por los adentros.

-Sabes que el arte abstracto es interpretado de diferentes formas para cada uno – velozmente volvió a alzar y bajar las pupilas sin querer centrarlas en las suyas. El sudor le recorría la espalda.

-No te he preguntado eso – lo presionó persuasiva.

-¿Qué te transmite a ti? – él quería comenzar su habitual evitamiento de respuestas con preguntas escabullantes.

Negó ella con la cabeza imitando el recorrido serpenteante que anteriormente él había realizado para colocarse a unos dos metros de él.

-Tu primero – dijo seria clavándole nuevamente la mirada.

El silencio incómodo se apoderó del espacio existente, seguido de un sudor escalofriante que paralizó su cuerpo. Ella quería que fuese él quien diese el paso revelante, el que rompiese el muro que se desquebrajaba a gran velocidad por la tensión acumulada durante tantos años.

-Venga dilo – se le aproximó dos pasos más – Ya llego tarde a mi cita – contuvo la sonrisa provocadora.

Soltando el aire con aplomo, dejó el cuadro en el suelo vencido sobre otro que se cubría por una tela salpicada con pinturas de diferentes colores.

-Representa nuestra lealtad, como nos conocimos y ahora somos grandes amigos – volvió a soltar el aire contenido metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y poder disimular su nerviosismo.

-Muy bonito – torció el gesto hacia abajo desvelando que aquello no le convencía.

Caminó cuatro pasos más aproximándose por su derecha y casi hombro con hombro, meditó el cuadro.

-Entonces... - se cruzó de brazos sacando uno de ellos seguidamente y señalando la obra con el índice –
Supuestamente... las dos espirales somos nosotros – afirmó –
Donde arriba se unen... y... - torció la cabeza aún lado – Bajo se unen más...

- recolocó la cabeza en su sitio devolviendo el brazo al cruce con el otro - ¿Y... el punto rojo? – finalizó el habitual soliloquio al cual lo tenía acostumbrado mirándolo de soslayo.

El tragó saliva sin mediar palabra, pensativo y asustado.
-¿Quieres saber cómo lo entiendo yo? – interrumpió sus pensamientos.

Afirmó todavía silencioso, sin apartar la mirada de la pintura.

-Las dos espirales representan dos seres desconocidos que al enlazarse arriba, muestran su primer contacto. El punto rojo y sangrante, la atracción, lo prohibidos que son el uno para el otro, por cosas que solo ellos saben... y el salpicado de ese punto sobre los cuerpos unidos, el desespero y atrevimiento de querer consumir, lo que les ronda desde el primer encuentro – esperó que el atrevimiento de él estallara, negándose a mirarlo.

Un leve soplo salió de los labios de él al tiempo que parpadeaba varias veces seguidas un tanto perplejo – No se como lo haces, pero a veces creo que te encuentras dentro de mi cabeza – se giró sobre sus pies observándole el perfil.

Manteniendo ella la postura frente al cuadro, desenlazó los brazos y poniéndolos tras su espalda jugueteó con los dedos de sus manos para girarse y mirarlo expectante a su reacción.

La tensión de sus cuerpos aumentó y con el único sonido de sus respiraciones entre cortadas, él le tanteó la cintura, acercándose con paso torpe y lanzarse arrebatado contra ese cuerpo que tantas veces había fantaseado.

El apretón le desveló la erección que él guardaba bajo su pantalón, y clavándole los ojos en la boca, relamió la suya, gesto al cual él, se rindió y quiso ser la sólita lengua que los lamiese.

El súbito beso y la fuerza de sus cuerpos apretados los volvió desenfadados, entregados y jadeantes de inmoralidad. Los botones de la camisa se deshicieron entre sus dedos, mientras la boca de él besaba y lamía su cuello moreno hasta el escote voluptuoso de sus pechos; los tirantes del vestido se desprendieron de sus sensuales hombros, al tiempo que ella le desabrochaba el pantalón y metía la mano palpando la hermosa y desbocada erección; él le levantó la falda para apretar el carnosos culo que se escapaba de un hilito de tanga y lo invitaba a estrujarla otra vez contra su cuerpo.

-Ahh ahhhh – gimió ella bajándose la parte superior del vestido y poder rozarle el pecho con sus pezones desnudos.

En el revoloteo de la danza sexual, tropezaron y cayeron sobre unos caballetes esquinados, que los mantuvo en una posición complicada hasta llevarlos y posarlos sobre el suelo. El vestido de ella ya era completamente un cinturón enrollado en su cintura, al cual él se aferraba atrayéndola contra su piel.

Torpemente se descalzó y con empujones de talón, sacó los pantalones y los calzoncillos. Todo del tirón.

Ella le besaba el pecho entre respiraciones excitadas, le recorría con las manos toda la piel sudada que le encontraba, presionándolo de los muslos y el culo, clavándole las uñas en la espalda y propinándole pequeños mordisquitos en la barbilla.

El rozaba con su miembro estallante de gozo la húmeda y acalorada vulva de la “Lolita”, que se contoneaba apresurada y altamente sofocada.

-Pensé que nunca te atreverías – confesó con la voz alterada sobre la oreja que lamía y a él le enloquecía.

-No tenía la seguridad de si..... – la voz se le cortó en la garganta cuando la mano de ella se la agarró tocándole la punta y se la restregó por el hueco donde debía introducirla – Espera.... – pidió exaltado y jadeante.

-¿Qué ocurre? – miró ella a los lados sintiéndose pillada sosteniendo el pene de él todavía en su mano.

-¿Tienes protección? – elevó el torso mostrándose por primera vez con el escaso cabello revuelto y despeinado ante ella.

Sonrió pilla atrayéndolo nuevamente contra su cuerpo – Claro... pero aún vamos a jugar un poco más, no te preocupes por eso y sigue tocándome que me pones a cien.

La carcajada olvidada después de tantos años resonó en la garganta del pintor, desvaneciéndose al último rumor de inseguridad y dejándose llevar como lo había hecho infinidad de veces en la imaginación.

Hizo realidad muchos de los pensamientos y ensueños que en aquellos años había ideado, como... posarla contra una pared y observarla desde escasos centímetros desnuda, mientras sus manos memorizaban y grababan,

en una memoria oculta, todo lo que experimentaba cuando la tocaba, sujetarla de las manos y llevarla hasta los lugares que él quería que inspeccionara, indicándole la presión y la rapidez que debía aplicar, susurrarle al oído los términos lascivos que la calentaban y la frotaban desmesurada. Hubiese confesado infinidad de secretos obscenos y viciosos que ella provocaba a su mente, pero prefirió que nuevos encuentros, le diesen la oportunidad de revelarlos, y siguiendo palpando su cuerpo por cada recóndito rincón, la llevó hasta la mesa donde los pinceles y botes de pintura reposaban inmóviles y la torció dejando su fruto expuesto para él. Pensó en penetrarla en aquel mismo momento, pero las palabras de ella, lo aturdieron sorprendentemente volviéndolo loco de descontrol.

-Lámemelo, chúpamelo por favor – dijo cachonda perdida como si ya lo estuviese haciendo – Hazlo – y se lo acarició con su mano derecha para que él sacase los ojos de las órbitas poseído por la lujuria.

Se arrodilló frente a su excitado delirio y se lanzó como demente, chupando y chupando, mientras ella jadeaba cada vez más impetuosa. Sacó su lengua larga y puntiaguda, relamiendo desde su trasero hasta el final de su cumbre púbica. Se paraba en el clítoris y lo retorció, lo subía arriba y abajo, a los lados..... su vagina cada vez se mojaba con más intensidad, entre flujos sexuales y saliva diluida, retorciéndose y aferrando sus manos al tablero de la mesa y derramando los pinceles y los botes por el suelo.

El con la cara colorada y evidentes signos de reflujos alrededor de su boca, la agarró por el estrecho cinturón y se la hundió en la boca,

metiendo la lengua por el orificio receptivo de ella que se movía adelante y atrás, cada vez más convulsionado. Quería hacerla estallar allí, pero sin más, ella se incorporó y le obligó a que se sentase en una silla que había al lado de la mesa, señalándola con un dedo. Su mirada ya no era la de la "Lolita" inocente que él conocía; aquella que se encontraba dándole órdenes con simples pero efectivas señas, era una mujer segura y dispuesta a conseguir lo que quería. Así que sumiso y obediente, desnudo y sudado, acalorado y escandalosamente empalmado, se sentó abriendo las piernas y la miró desafiante, acariciando sus muslos por el interior para cogérsela con soltura y frotársela, invitándola a que la probase.

La sonrisa ladeada y maliciosa en la cara de ella, acompañó al desnudo integral de su cuerpo mientras sacaba un condón y lo desenvolvía de su envoltura llegando hasta él.

Sujeto con el pulgar y el índice, introdujo el comienzo de este y una vez allí, predispuesto y seguro, posó sus manos sobre los muslos de él y se inclinó para besarle en la boca y seguir por su pecho, hasta llegar a la capucha que tintineaba expectante ante lo evidente. Con aquellos labios y más que carnosos por no decir, desorbitantes, fue desenroscando lentamente este, al tiempo que su lengua jugueteaba con cada nuevo milímetro de su miembro adentrándose al interior.

El pintor se curvó en el respaldo de la silla, apretando el asiento con las manos y cortar la circulación en las puntas de sus dedos, que se tornaron blancas y azuladas.

El modo que ella tenía de hacer una mamada, no era ni como en las mejores de sus fantasías, era súbitamente mejor y más placentera. Cuando el preservativo estuvo colocado perfecto y húmedo, se volvió a enderezar y rodeándolo con las piernas y brazos, la adentró hasta lo profundo de su sexo.

Brincando, torciéndose hacia atrás y dejando que las manos de él recorriesen su abdomen y sus pechos, precipitó su cuerpo contra el de él y se movieron poseídos por el gemido de sus compases voces, que anunciaban la espoleta del encuentro.

Arriba, abajo, arriba, abajo y una y unas diez veces más arriba y abajo, hicieron estallar a sus sexos, exhaustos y regocijados de placer, donde las respiraciones alteradas y entrecortadas, seguidas de cómplices risillas entre sus caras rozadas, desvelaron a los amantes en que se convertirían.

En sus manos enlazadas y las miradas compenetradas, supieron que aquel primer contacto, era el comienzo de muchos otros, prohibidos y peligrosos.



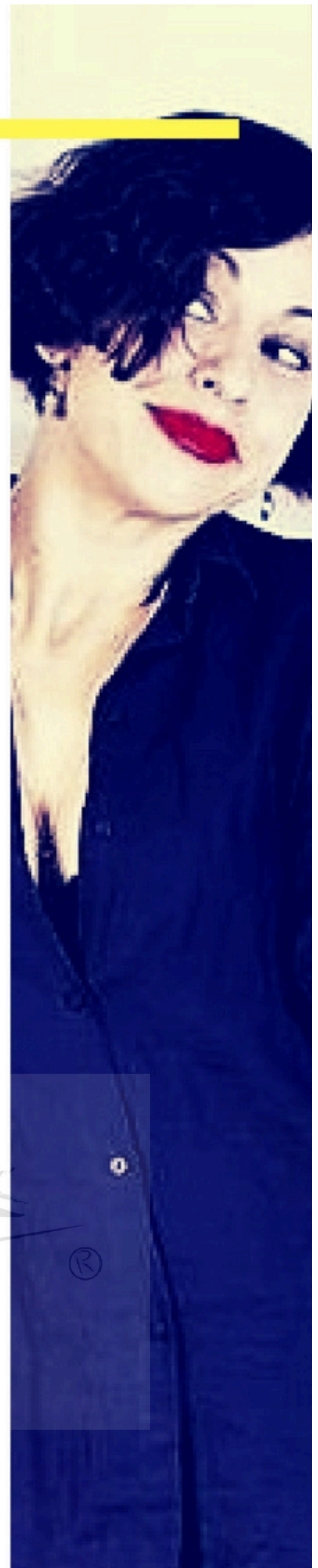
CONFIDEN..CIAS

Los adentros tiemblan ante el grito victorioso de la vencida y agotada batalla de nuestros sublimes pecados.

Intenciones escondidas durante tanto, son confesadas una noche tras las hondas imperceptibles de una conexión inalámbrica, donde los kilómetros de por medio levantan la barrera perfecta para no dejar paso al arrepentimiento.

Y aunque el sonrojo y el sofoco recorren su cuerpo en todo momento, un gran rumor embaucado en las dudas anteriores, la asedian ante la posibilidad de que aquello, pueda ser más que un revolcón concertado.

En su interior una conocida revuelta se disputaba; tantos años resistiendo al asalto y llega sucumbido por simples palabras.



Nunca le gustaron esos modos, no era de las que creen en confesiones cuando de atracción sexual se trataba, ese no era su estilo; no era de las que iba por ahí diciendo que le gustaba alguien, para llegar a la cama, ni mucho menos esperaba ni quería que nadie se lo dijese a ella.

Ella era de las que le gustaba dictarse por impulsos, por encuentros fortuitos, por situaciones que aun a sabiendas de que podrían suceder, hasta que no se presentaban por si solas, no las aprovechaba, y mucho menos, las provocaba. Detestaba esa tensión... no, tensión no sería la palabra acertada, la correcta sería evidencia, sí, esa sí.

Detestaba lo evidente, lo hablado de ante mano, el saber que acudirás aun lugar sabiendo que el 99% de la situación, acabaría en eso. Cuando el encuentro se tornaba tan obvio, cuando confesaba también lo que le rondaba por la incordura de su mente y lo escuchaba del otro, el interés y las ganas por que sucediese, se desvanecían haciéndola perder las ansias, llevándola a ese punto de su ser que tan bien conocía; ese que era el de poner distancia y excusas de por medio, para seguir soñando con el encuentro y mantenerlo en su esencia perfecta.

La del sueño.

.....
-¿Así que te pongo enfermo? – dijo sentándose a horcajadas sobre él.

Los ojos de él se agrandaron al tenerla tan cerca.

-¿Si te beso por aquí...? – deslizó sus labios por el comienzo del cuello - ¿Podré solucionar esa enfermedad? – siguió deslizando sus labios y sacó la punta de la lengua lamiendo el hueco bajo la nuez.

-Creo que comienzas a hacerlo – introdujo sus manos bajo la camiseta y la presionó de la cintura, atrayéndola con decisión hasta su cuerpo y poder estrujarse a sus redondos pechos.

La lengua húmeda y juguetona, recorrió nuevamente el cuello parándose en su barbilla donde con sensuales y carnosos besos la recorrió hasta su boca, comiéndosela con más pero mucha más sensualidad de la esperada. Ronroneando como una gata en celo acompañada de movimientos claramente certeros, chivatos de deseo sexual. Se balanceaba de un modo suave pero entregado, como si reaccionase solo al contacto con su piel, reclamándola, restregándose con ímpetu.

Sus piernas lo rodeaban creando una prisión de la cual no quería escapar, mientras sus manos bajo la camiseta, tocaban su espalda y se adentraban hacia delante buscando los pechos. Los sintió firmes, voluptuosos, excitados, alzados mientras sus manos los apretaban y su boca comía la de ella, jadeante de deseo por tenerla ya tumbada en su cama y poder desnudarla, para mostrarle la realidad que su volátil mente había ideado millar de veces.

-¿Quiero tomarte mi morena? – le confesó turbado por la excitación que hacía ya un rato se había revelado entre sus piernas y ella rozaba contra su pelvis contorsionada.

-Y yo a ti – se quitó la camiseta para mostrarle el sostén de encaje negro, con lazo verde entrelazado en el perfil superior de cada seno, insinuando el moreno pezón que se dejaba escapar entre la transparencia de una rosa bordada.

El fundió su cara en aquellos pechos exaltados por la respiración arrebatada de ella, que le desvelaban que se morían por ser comidos por la boca de él.

Al principio se lanzó como lobo feroz, estrujándolos y apretándolos con delirio, pero tras unos segundos, decidió saborear ese momento y hacerlo de modo pausado y decidido; lo había visualizado infinidad de veces y no quería que detalle del cuerpo de ella se le escapara, quería retener eternamente en su memoria cada uno de los secretos de su piel, de sus suspiros, de sus estremecimientos.

Levantándola en peso con sus piernas enroscadas a su cintura, la empotró contra la pared mientras ella le quitaba la camiseta y le confesaba lo difícil que le había sido, despedirse de él la última vez que estuvieron juntos, de lo que a su mente le costó frenarse para no tener más que pensamientos calenturientos con su piel..., de cómo luchó para hacer desaparecer a las manos imaginarias, acariciando cada uno de sus rincones prohibidos.

Jadeos, ardor, desenfreno y pieles prácticamente desnudas..., bocas más que enlazadas la una a la otra, los pechos alzados y apresurados el uno contra el otro, golpearon pared a pared dejándose caer sobre la cama.

Se enredaron como amantes desmesurados, fogosos... rodando sin dejar que un solo centímetro de sus cuerpos se separase un segundo, besando, lamiendo y mordiendo hombros, brazos, pechos y cada parte de sus cuerpos que las bocas tropezaban.

Con una mano sigilosa, le acarició la hermosura de entre sus piernas y jugando con su vaina mojada, lo llevó hasta la entrada de su guardado secreto; ese en el que los hombres perdían la cabeza y la cordura, donde las expectativas que esperas del otro, se revelan y se confirman.

A ella se le iba a reventar el cuerpo con aquellas apasionadas
investidas que recibía de su loco perdío, de ese que la miraba a los
ojos comiéndola con el pensamiento al igual que con todo su cuerpo,
ese que parecía alcanzar el delirio cuando las más que jugosas y
empapadas envolturas del caramelo, se la presionaban y se la
soltaban volviéndolo loco de descontrol.

Y así, sujeto con fuerza a sus hombros, piel con piel y sexo con sexo,
resolló al estallar en su interior cuando ella torció su espalda,
buscando un contacto todavía más cercano que le propinase el placer
secreto; ese que sin tapujos nos hace cómplices por un momento.

.....

Aquel era el encuentro perfecto, el que ella había inventado y él
consideraba correcto... sexo loco, arrebatado y extremadamente
placentero.

¿Por qué se esfumaba el interés una vez reveladas las intenciones?

¿Creéis que la esencia de las confianzas es que sucedan sin más?

Ella tenía claro que sí.



TANTRA.

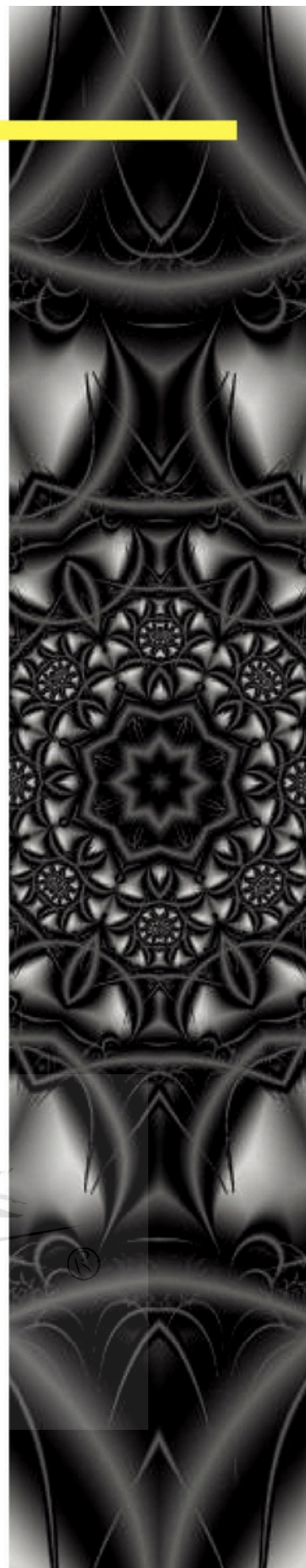
Tres semanas, tres semanas, se dice pronto...

Que si aromas a incienso, que si cojines para acabar sentados frente a frente, que sí ahora canalizamos, que si después cierra los ojos, que si ahora siente mi respiración azotando tu cuerpo, que si tus manos deben permanecer sobre tus muslos, no sobre los míos...

¡Madre mía! O me revienta o lo reviento, pensaba ella la tercera noche, cuando la invitó a visitar su cuarto forrado de tapices orientales, donde las únicas diosas reinantes eran las de las indias.

La primera vez que le confesó, que llevaba dos años preparándose para la canalización de su chacra, con el fin de alcanzar el placer supremo, lo tomó a broma, pero una vez en su casa y más que dispuesta a follárselo por todos lados, se quedó perpleja.

Aquel tipo que rondaba las alturas de la terraza continua, practicando ejercicios de yoga y meditación cada atardecer, así como al amanecer, no resultó ser tan interesante como se hacía parecer desde su balcón.



Con aquel delgado cuerpo fibroso, esas rastas llenas de cachivaches místicos y sus coloridas ropas, la tentaron a curiosear prácticamente desde el primer momento, pero dejándose al alcance del ojo de su vecino, para que supiese que estaba allí, que le gustaba ver como estiraba absorbiendo los rayos de sol, y como en el perfil, la silueta le mostraba la curva prominente de su sexo curvado bajo el pantalón. Sí no, a ver por qué lo miraba tan meticulosamente.

Aquel reconvertido o renacido como se hacía llamar, ni por un asomo se imaginaba de quien era la mente calenturienta, que lo observaba y que después de buenos modales durante dos semanas, consiguió meterse en su casa. Esta joven con pinta de niña de no haber roto un plato en su vida, con mirada infantil e inocente, era el disfraz perfecto para una auténtica cazadora.

Cazadora de hombres, de hombres que creían tenerlo todo controlado, y solo eran víctimas de su propio engaño, el que ella había ingeniado desde un primer momento, para hacerlos caer en donde quería.

En los fetichismos de su fantasía.

Se aproximaba la noche más oscuras de las noches, la tan celebrada en Estados Unidos y cada vez más celebrada en nuestra España; "La gran noche de Halloween", la que la gente se disfrazaba de absurdos muertos vivientes, brujas y demonios; como si muchos necesitasen de aquellos disfraces para serlo, pero bueno, a lo que vamos.

Con la ventaja de que la próxima cita sería en su pequeño pisito y la gran mentira de que detestaba aquella fiesta tanto como él, preparó la sorprendente noche que le haría olvidarse del Tantra y sus rollos de canalización; ella si le iba a enseñar lo que era una buena canalización, lo que su vigorosa polla iba a experimentar hasta saber lo que en verdad era el placer supremo, el de su coño.

Si pensaba que esa noche el rollito, ahora unimos las manos y acariciamos nuestras extremidades, iban a ser correspondidas, estaba muy equivocado, ahora todo eso iba a pasar a un lejano plano olvidado, donde su siervo sucumbiría a todos y cada uno, de sus pecados.

Halloween había llegado, y con él, su perversa diosa del sexo extasiado.

Lo engatusó con el vino, con el escote más desenfadado que de costumbre, con roces intencionados... y con el sigiloso vertido, del polen del aturdimiento extraído, de las hojas de la marihuana cosechada, sobre la cúspide de su salsa massala. Una vez adentrado en un camino que desconocía y que para nada desearía, las risas y el delirio del exceso, lo aturdieron lo suficiente como para quitarse la ropa y quedar en paños menores, donde la imagen de ella se vislumbraba borrosa, prominente de una voz sensual, que le decía que la siguiese, que fuese con ella, que tenía el mejor de los nirvanas... para mostrarle...

La luz cálida en tonos rojizos, recubriendo las paredes de la habitación, entre las cortinas de gasa negra y los muebles cubiertos de velas e inciensos, le activaron el apetito sexual comenzando el rito tántrico, donde todo aquel sexo fluiría, de un modo de energía contenida.

Contenida. Eso es lo que él creía. ®

Cambiando el comienzo rutinario del encuentro, ella, lo tumbó con mucha delicadeza sobre la cama.

-¿Esto es nuevo? – preguntó él cada vez un poco más aturdido.

Una sonrisilla viciosilla se asomó de la boca de ella, donde los ojos proyectados en rayos de luz de velas, le mostraron una cara desconocida de su habitual recién conocida.

-He estudiado nuevas formas de transmitir energía – la voz era tan susurrante que se perdía en un hilo, pero se adentraba en su cerebro como si lo dominase – Cierra los ojos, vas a saber lo que es una auténtica conexión de los chacrassss – ese seseo terminó de embrujarlo, dejándolo sumiso, obediente y receptivo.

Al principio ella solo se limitó a acariciarlo con su pelo, recorriendo las puntas de sus dedos insinuantes, sin llegar a tocar pero tocando, silbando en su oído, desprendiéndose de la ropa con detenimiento, danzando movimientos serpenteantes que excitaban su cuerpo con el roce del de ella. Intentaba contener la erección que cada vez se volvía más turgente, quería contenerse, pero esta ocasión el cuerpo de ella se encontraba demasiado cerca, su sexo se sentía húmedo, entre su pierna, cuando se rozaba al colocarse a horcajadas y besarle el interior del brazo para bajar por el costado.

-Debemos contenernos – su boca se encontró seca y sellada al instante que ella, se la tapó y humedeció, con el roce de su lengua, introduciéndosela hasta querer absorberla.

Sin percibirlo y como si finas plumas le ataviasen las manos al cabezal, en lugar de dos bien anudadas gasas, sintió como la lengua que hacía unos segundos cubría su boca, reptaba hacia su polla que brillaba entre los reflujos que la excitación expulsaba; lengüeteaba entregada, cachonda, sonrojada y sudada.

Vio cómo su mano jugaba con su coño, como lo preparaba para algo que en su subconsciente sabía no debía pasar y no podía evitar pasara.

Ni todo el Tantra practicado durante años, era capaz de frenar, lo que aquella mujer ansiosa de contacto carnal, le obsequiaba.

Intentó frenarla, pero para cuando aquellas palabras dijeron de salir, un coño empapado en flujo resbaladizo lo perdió en sus adentros, lo llevó aún lugar que hacía mucho no visitaba, aún lugar lleno de lujuria y libertinaje, de olvido... de perversiones abrumadoras. Mientras él buscaba el control en su interior, ella se retorció sobre su cuerpo desnudo, se movía con ímpetu, jadeante y hasta en ocasiones chillante, se cogía las tetas con las manos y se torcía sobre su pecho, restregándose para seguir metiendo y sacando su polla con más y más esmero.

Quiso soltar sus manos de aquellas ataduras, pero la mano de ella, lo aferraba al colchón sin dejarlo separarse un milímetro.

-No te resistassss – utilizó una vez más ese seseo, para retornarlo a su estado de hipnosis – Esto solo acaba de empezar.

Con el sexo vibrante metido en su vagina, comenzó a girarse pasando las piernas por encima y colocarse de culo. Cuando aquel eminente culo comenzó a investirse y zarandearse con el movimiento de las seguidas penetraciones, su polla repalpitó.

-Oh no – puso los ojos en blanco ante el gusto recibido.

Se frotó y se frotó contra él, se levantó para que pudiese ver como se la metía apretada entre sus manos, como entraba como si nada, como si aquel coño lo hubiesen hecho para él.

Era toda una hembra posesa de su propio placer.

Contoneándose hacia delante, elevando el pomposo culo para que observase la penetración, al igual que en una película porno, lo folló hasta hacerlo gritar, hasta sentir que su cuerpo se movía solo reclamando más placer, su mente ya no podía hacer nada, solo dejarse llevar, aquella sensación era más fuerte que cien canalizaciones juntas... y cediendo a sus restricciones, se desenvolvió y se perdió en aquel poder carnal.

La envistió desde abajo, la folló con salvajería, quería que gritara loca de descontrol, le iba a dar todo lo que ese coño le pedía, y ahora, se iba a enterar.

-Suéltame las manos – el aturdimiento había pasado al arrebatamiento –
Quiero follarte cogiéndote las tetas.

La contorsión del cuerpo de esa hembra era ejemplar, torcida hacía atrás, pegando su espalda al pecho de él desenlazando las ataduras, y dejando que sus manos estrujasen sus pezones, alzados al techo. Lo dejó bajar por su abdomen, llegando hasta el vello púbico e introducirse por su raja, culminante en una pepitilla colorada y abultada, que gritaba que la tocaran.

-Ahhhhh – silbaba el susurro de sus jadeos.

-Vamos ponte para mí – la elevó para que se la volviese a meter y le dejara agarrar ese culo que tan sumamente bien se tambaleaba sobre él.

La empujó adelante y atrás, la presionó de la carne, la relamió y la saboreó dejando que ella se enredara con él, que sus cuerpos, se convirtiesen uno solo...

Y sí, ella tuvo razón, aquel fue el mejor modo de transmitir energía. Energía, sudor, ardor y un sinfín de cosas y percepciones que no tenían final.

Todavía de culo a él y bien introducida su erección en los sinfines de su resbaladiza cueva del delirio, la sujetó enroscada en sus brazos y la levantó para ponerla contra la pared embistiéndola endemoniado, azotándole el trasero para llevarla a estallar entre flujos carnales que resbalaron por la cara interna de sus piernas.

Debido al Tantra, a él le costó un poco más alcanzar el nirvana, pero su hembra sabía cómo hacérselo alcanzar, y una vez ella acabada, se colocó de rodillas y se la metió hasta la profunda garganta, donde con succiones y contorsiones de lengua, lo puso apunto, para lanzarlo de un empujón sobre la cama y follarlo hasta hacerlo estallar en colores y percepciones, que le mostraron la verdadera cara de su posesa.

La cara del terror invadió sus facciones, mostrando unos dientes afilados y unos ojos proyectados en sangre, que se lanzaron sobre su pescuezo.

Ahora él sería su siervo fiel, su zombi del placer y su incondicional...

perro infernal.



LAS CONSECU....ENCIAS DE LOSACTOS

Siquiera el leve chirriar de las bisagras incrustadas en la puerta acristalada, descentraron la atenta mirada, de las páginas escritas con esmero y silencio, en aquel cuaderno de tapas verde aceituna.

Carraspeó la garganta antes de pedir la copa de oporto; acto habitual en su persona después de una jornada de charlas incesantes; repitiendo el carraspeo, no consiguió que la mujer levantara la mirada y pareció hundirla todavía más en aquel extraño cuaderno.



Fundido todavía en su traje negro, aflojó la corbata y se giró sobre el taburete de barra, para seguir observándola; intentando averiguar, que era lo que surcaba por la mente de aquella mujer, que ya había llamado su atención en la última charla celebrada aquella noche.

Sus vestimentas poco clásicas, su cabello caoba recortado a la nuca, ciertamente ondeante y recogido en un lateral por dos sencillas horquillas, remarcaban el perfil de su tez pálida pero brillante, los labios bien perfilados por propia naturaleza, se aconjuntaban de una nariz chata, unos párpados rasgados y unas cejas depiladas, extremadamente finas.

La joven, porque comparada con él, joven era, giraba un anillo liso de plata en su dedo anular izquierdo, mientras con la derecha seguía escribiendo, tremendamente centrada.

¿Cómo entablaba conversación con ella?

La verdad que siendo todo un entendido de las letras y la palabra, nunca supo cómo entrarle a una mujer interesante, siempre perdía demasiado tiempo pensando, y así, se le pasaba el momento de reacción.

Sin ser consciente de que su mirada se había perdido en el fondo del oporto, buscando las palabras adecuadas y certeras, se sobresaltó cuando al mirar a la mesa, la descubrió abandonada.

¿A dónde había ido?

¿Es qué no habían sido segundos los que su mirada se perdió en el rojo oscuro del oporto?

Girándose alterado a los lados, buscándola.....

Tropezó con la mirada del camarero, que se aproximaba a su vera, entregándole un papel doblado y se alejaba sin decir nada, sin ni siquiera una simple expresión.

“Habitación 230, 4ª planta”

El dibujo de unos labios mojados por una bebida que no supo, ni tuvo interés en distinguir, sellaban aquella nota.

¿A caso... había sido ella? ¿A caso... no había estado tan centrada en sus escritos como él pensaba?

No dudó más, no dejó pasar más segundos, ni dejó recapacitar a su mente, solo cruzó el hall del hotel, llamó al ascensor y ascendió con el pulso y la respiración arrebatados.

La tenuidad del pasillo de la cuarta planta, dio más intriga y misticismo al ambiente, encabritando a su corazón, que pareció ser el sólito sonido existente de aquel lugar.

220, 221, 222, 223..... Por fin, 230.

¿Llamaba?

Pues claro. ¿Quién si no ella iba a dejar aquella nota?

Pasó las manos temblorosas por el cabello, alisó la chaqueta, reapretó la corbata y soltó un alarido de dulce desespero antes de golpear la puerta.

Esta cedió al golpeteo de sus nudillos, desvelando, una oscuridad corrompida por la luz de una lamparilla, en la profundidad de la estancia,

donde, la sensualidad de un cuerpo contoneado por curvas inexploradas, se mostraba de espaldas, acariciado por la gasa de la cortina, mecida por el viento.

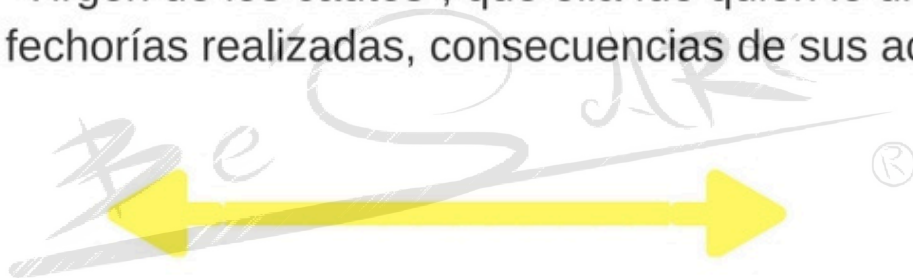
Un giro, una mirada azulada, un nuevo contoneo... y... silencio.
Shshshshshshs..... provino de una voz hipnótica.

A la entrada del medio día, el grito roto de la señora de la limpieza, rompió la mañana.

El cuerpo del honorable doctor Escobar, yacía desnudo sobre la cama, envuelto en miles y miles de papeles, donde la mirada ausente y más que perdida en la lejanía de aquellos papeles, se leía una única y repetida frase.

“EN LA HABITACIÓN 230, CUARTA PLANTA, DEL HOTEL MILÁN, MISMA CIUDAD QUE OTORGA NOMBRE A ESTE HOTEL, LAS CONSECUENCIAS DE MIS ACTOS, VINIERON A SER COBRADAS”

Jamás se supo de la joven que lo citó en aquella habitación, jamás se encontró registro de tal mujer y mucho menos de su existencia, por más que el doctor insistió día tras día enclaustrado en las paredes del psiquiátrico “Virgen de los cautos”, que ella fue quien le dio castigo por las fechorías realizadas, consecuencias de sus actos.



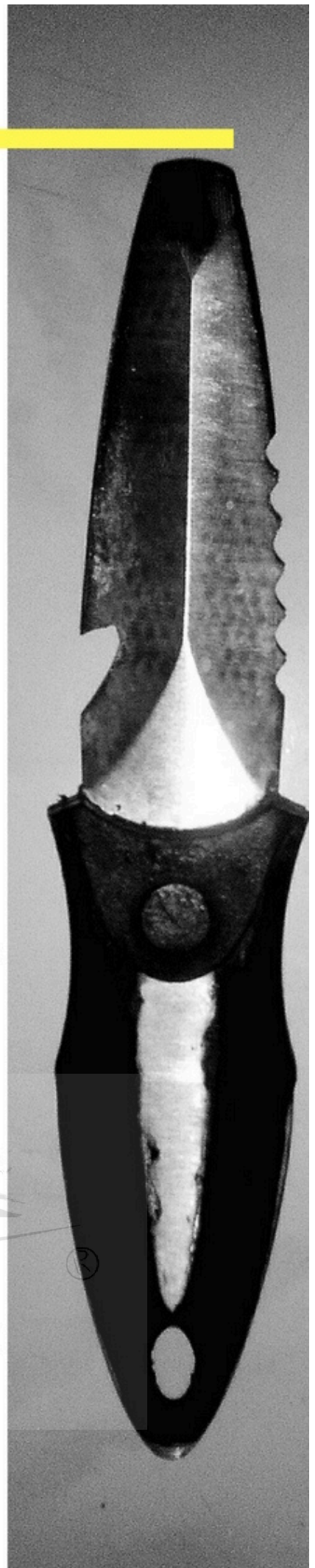
GUERRE.....ROS

Imaginemos una existencia diferente, un mundo, donde nuestras costumbres o prioridades, nada tienen que ver con las aferradas a nuestro tiempo; vayamos a una época de utopía o casi utopía, donde guerreros y guerreras, viven entre la naturaleza y luchan por su supervivencia, y donde solo el gozo de sus carnes, les asesta con una recompensa galardonada.

Nada de nuestro mundo, es conocido en el de ellos, siempre envueltos en trifurcas e intranquilidad perturbadora.

Allí la batalla es prácticamente continua, esas montañas pobladas de vegetación viva y colorida, era uno de los lugares más hostiles en el que poder vivir.

En la actualidad, llevaban meses calmados debido a la protección del corazón de la montaña, donde el calor proveniente del magma bajo sus pies, los resguardaba del glacial frío del exterior; lugar que únicamente visitaban cuando salían a recoger las presas capturadas en las trampas de la noche.



Aquel día, el grupo encargado de salir a recogerlas se lideraba por la antaño amiga y presente guerrera, Kalima, esa que había jugado con él en la infancia y desde hacía unos años, parecía tener una barrera llamada incomodidad contra él. Aunque aquello no impedía que él siguiese incordiándola, le apasionaba y se calentaba al ver como sus grandiosos pechos se alzaban arrebatados cuando él la provocaba.

Era brillante verla combatir, ver como aniquilaba sin remordimiento ninguno... esa chiquilla de cabello castaño y revuelto hasta la cintura, y que ahora lo trenzaba manteniéndolo bien sujeto, se había transformado en una hermosa y apetecible mujer. Su cuerpo había sido esculpido desde la niñez para ser fornido y extremadamente sexual, añadido de los genes y el acompañamiento de las escasas ropas que usaban, las justas para cubrir lo que solo se mostraba en la intimidad, así como, colgar cuchillos y poco más.

Bajo la escasa tela, la virilidad de él se agitó impulsiva, dejando que su mano derecha se adentrase por la ingle y acariciase el grosor de la polla que se hacía notar. La imaginó torcida sobre su cintura, meneando su culo para que él se lo follase... estirándole de sus trenzas montándola...

Y se la agarró queriendo que su mano fuese el coño de ella.

Se estrujaba contra sí mismo cada vez más cachondo, más perdido por poseerla... el sonido del placer se le escapaba de entre los labios, se los mordía controlándose... perturbado como macho en celo. Tanto en su cabeza como en su entre pierna, lo único que rondaba era el cómo acorralarla...

-¿Te ayudo con eso? – una nueva mano se adentró con la suya y lo acompañó con el meneo.

Salim le había descubierto la erección y el impulso por satisfacerlo, la puso más caliente que al propio hombre. Salim también era lo suficientemente apetecible como para satisfacerlo en aquel momento de lujuria, así que dejó que la otra mano de la mujer se adentrara por su culo y le presionara los testículos, mientras con la delantera se la frotaba rítmicamente, aquello provocaba que su cuerpo se moviera al compás del vaivén.

-Ufffff – se le escapó una aceptación de placer, mientras sus ojos seguían el movimiento de puntillas con el que Kalima cruzaba las rocas montaña adentro.

El trozo de tela verde que cubría su trasero, no tapaba más que un cuarto de este, respingón, terso y con alguna que otra marcada cicatriz de guerra, cosa que todavía la hacía más apetecible, esa estrecha cintura que subía fibrosa hasta su cuello, se convertía en su tobogán del delirio, donde lo invitaba a lanzarse a través de su trenza, hacia el interior de su canalillo y morirte en el monte de su sexo.

Torcido sobre sus rodillas con el pecho arqueado y sujetando a Salim por la cabeza, la puso de rodillas frente a él, viendo como ella se relamía la boca mientras frotaba las tetas contra sus muslos; observaba sus sombras en la pared proyectadas, enlazadas, viendo claramente la largaría de su pollón adentrándose en aquella boca, imaginando que del coño de Kalima se trataba; esa visión lo enloquecía de un modo extremadamente gustoso, el placer que recorría su cuerpo al imaginarlo mientras la húmeda boca de Salim se la comía, era un placer más que supremo, lo envolvía, hacía que la emoción contenida en el estómago, se sintiese de un modo especial, sabiendo que con ella sería diferente... y seguro lo sería, pero... hacer aquello realidad no era cuestión solo de deseo,

aquí la decepción y el odio jugaban su gran partida, y esta vez, era a él a quien le tocaba adelantar jugada si quería encontrar la recompensa que ansiaba.

-Ahhh... - Salim estaba consiguiendo que su polla quisiese reventar – Ahh – se esforzó para visionar con más claridad la imagen de Kalima retorciéndose de placer.

Kalima era pura soledad, solo compartía palabras y tiempo con él cuando se trataba de tareas cotidianas sobre la defensa y la protección de los suyos, sus vidas eran puros modales desde lo ocurrido; a pesar de aceptar que él debía ser quien los guiase, no ocultaba delante de nadie, si alguna de sus decisiones o de sus formas, sobretodo, la molestaban; la cosa de haber sido amigos en la niñez y el carácter de aquella guerrera de cuna, le habían dado la libertad de hablar lo que quisiese, pero cuando un día él decidió con un golpe fallido hacerla callar, la libertad de su lengua no se perdió, pero aseguró que si volvía a intentarlo, siquiera pensarlo, esas fueron sus palabras, olvidase de dormir tranquilo. Desde entonces, sus saludos eran inexistentes y sus miradas fugaces, aunque tal distanciamiento, le había provocado un interés mayor por ella; ahora la estudiaba, la observaba intentando comprender las inquietudes que la interesaban, sabía que lugares visitaba cuando nadie creía observarla... hasta sabía que cosas la hacían reír o entristecer.

Con su corrida salpicando el fondo de la garganta de Salim y propinándola con un manotazo en el culo antes de despedirla, se escabulló entre las sombras de la montaña adentrándose al interior. Quería conseguir el placer supremo, quería correrse hasta divagar y repetirlo una y otra vez, tantas como hiciese falta, tenía que acorralarla desesperadamente.

Unas diez rocas siempre a la izquierda, bajo el hueco de la cascada oscura; un remanso de agua cristalina e iluminada por rayos de luz filtrados del exterior, te daban la bienvenida a un balneario de aguas termales, donde las cálidas provenientes del subsuelo y las frías de la cascada se mezclaban entre rocas de diferentes tonalidades; las proyecciones de luz filtrada parecían miles de luciérnagas volando, y en el remanso de la derecha, donde el agua era un poco más cálida y una lluvia de rayos en diferentes direcciones caían, Kalima, se sumergía buceando de un lado a otro, sacando solo una parte de la cabeza y volviendo a hundirla para reconfortarse con el agua caliente.

Había soltado sus trenzas y ahora se mecían como antaño, como cuando de niños se escabullían por esas mismas cuevas, imaginando mundos nuevos, sin existir una rivalidad entre los dos... donde el acercarse el uno al otro no supusiera tensión pura y dura.

Desde el saliente más alto, donde la panorámica de abajo era completa, él la espiaba, se imaginaba acariciándola bajo las aguas, restregándose el uno contra el otro, saboreándose... tocándola por todos lados hasta extasiarla con su lívido, penetrándola con desvarío, agarrándola por las caderas y presionándola contra su excitación, que nuevamente se empezaba a apreciar.

Kalima nadaba boca arriba, mirando la altura del techo, observando las proyecciones de color y siguiendo sus uniones por toda la caverna, por su mirar, él sabía que aunque muy calmada pareciese, en realidad algo la incomodaba; el ir y venir de sus pupilas de un lado a otro todavía lo corroboraba más, así que decidió aguardar un poco y después vería como hacía su entrada triunfal.

Permaneció allí durante largos minutos, escondido sin dejar de espiarla y dejando que el atardecer suavizase un poco el ambiente y las cosas,

tenía que dejar que aquel lugar cobrara magia para obtener lo que buscaba. La colocación del sol, hacía que muchos más rayos se filtrasen y gran parte del agua se aclaraba dejando ver el fondo, donde el cuerpo igualmente de ella también se mostraba. Las escasas telas empapadas que desvelaban el erizón de sus pezones y lo oscuro de su triángulo, lo impulsaron a bajar, tenía que enfrentarse a ella de una vez por todas y decidió que entraría de frente, dejándose ver desde las rocas salientes que creaban la entrada a aquella especie de gigantesco jacuzzi donde ella se encontraba. Comenzó bajando con sigilo sin querer ser oído, y cuando estuvo casi en el comienzo del sendero a seguir, rozó las piedras con las yemas de los dedos, sabía del buen oído que Kalima se agraciaba, y cuando el chapoteo en el agua resonó en las paredes, supo que ya sabía que estaba allí.

Al girar sobre la roca caída, el agua mojó sus pies para seguir por sus piernas y cada vez más arriba... Kalima continuaba con el agua hasta la nariz, agitando las manos bajo el agua y acuclillada sobre una roca sumergida bajo sus pies. Ella lo observaba demasiado fijamente, sin una gota de miedo a su alrededor, desafiándolo como siempre... él mantenía el gesto serio y firme, adentrándose cada centímetro un poco más a ella, esperando a que reaccionase... pero... Kalima permanecía inmóvil, removiendo las aguas como si la presencia de él no le importase.

A unos tres metros y con el agua cubriéndole el pecho remarcado en heridas de guerra, jugó con el agua al igual que ella esperando las palabras que rompiesen el silencio...

Los ojos de Kalima comenzaron a seguir algo que se movía entre las rocas al lado de él, se trataba de un tritón albino, de esos que solo se encontraban en aquellas cavernas y llevaba años sin ver.

Lo sujetó con la palma de la mano y lo colocó en la cuenca, dejando que el agua lo mojase y saliese nadando hacia el lado donde ella seguía reclinada, cuando llegó hasta Kalima, estiró la mano y dejó que este trepase por ella, para salir hacia la roca trasera que había tras su espalda.

-Hacia años que no veía uno así – nadó hacia los lados sin aproximarse.

Ella lo miró y abandonó su postura para caminar bajo el agua, apoyándose en nuevas rocas que creaban un suelo inestable, moviéndose por su izquierda, mirándolo de refilón...

-¿Es aquí donde te metes cuando no te vemos en el poblado? – intentó tener una conversación civilizada, pero Kalima seguía caminando y en una última roca sumergida se lanzó al agua dejando que la oscuridad donde los rayos no llegaban la volviesen a ocultar.

-Kalima... - dudó antes de cambiar el curso de nado hacia ella – Creo que te debo una... - se zambulló para salir justo en la línea donde la luz y la oscuridad los separaba – Creo que cometí un error aquel día...

-¿Por qué preguntas algo que ya sabes? – la voz de Kalima irrumpió desde la oscuridad.

-¿Preguntar? – dijo confuso.

-¿Por qué preguntas si es aquí donde me meto si ya lo sabes? – el sonido del agua indicó que se acercaba.

-Ha sido casualidad... - se interrumpió colocando la mano sobre las cejas para intentar verla - ¿Podrías salir de ahí...? – se adentró unos pasos – Al menos mirame a la cara cuando hablamos...

-Ya te miro a la cara – susurró cerca de él, acechándolo desde la oscuridad.

Él se giró sobre su tronco esculpido y delineado en músculos labrados por horas de ejercicio, buscándola por los lados; Kalima era toda una experta para el acecho sin ser descubierta, y él sabía que si quería herirlo podría hacerlo; por muy fuerte y ágil que él fuese, ella también lo era.

-Vamos Kalima... - resopló agitando las manos bajo el agua intentando captar donde se encontraba, retrocedió unos pasos para volver a salir a la luz - ¿Por qué voy a saber que es aquí donde te metes? – siguió escudriñando la oscuridad.

-Porque llevas meses subido a esa roca observándome – su mano salió desde la oscuridad señalando hacia arriba, donde él se colocaba y nunca creyó ser descubierto.

Su expresión de sorpresa se evaporó con una sonrisa pícaro y ladeada – Debí imaginar que sabías que andaba por aquí... se me olvidaba que por algo eres nuestra mejor guía – su voz rozó la nota de la ironía, pero sin más las palabras se cortaron en su garganta cuando el rostro de ella comenzó a descubrirse de entre las sombras.

Los ojos color miel y el anaranjado de sus labios le impactaron, pero el pezón derecho bajo la tela se la puso dura como nunca.

-Uff – intentó contener para sus adentros pero sin poder evitar que sus ojos negros, se clavasen en aquel pellizco de gozo que resaltaba bajo la piel postiza de sus ropas.

Kalima percibió la atracción sexual que él desprendía, las ansias que tenía de poseerla... había estado esperando durante meses a que se

se decidiese a bajar, contoneándose con el agua y las rocas para que él la desease, acariciando su cuerpo para convertirlo en su perro y que se desviviese hasta la obsesión. Detestaba aquel hombre tanto como lo deseaba y se encendía por dentro, cuando lo veía pasar con aquel trasero que le invitaba a querer correrse con su cuerpo un millar de veces. Por muy cerrado de cabeza que fuese, nadie le quitaba el polvazo que tenía.

Su papel de molesta con él seguía en pie, pero ahora mismo, lo que le regía por su cuerpo, era el gusto que entre sus piernas sentía, quería que la mano de él se acercase hasta tocárselo, que fundiese sus gruesos dedos en su vulva, que la apretase...

-Tus exasperaciones siempre te delatan, debes controlar la respiración si quieres llegar a ser invisible – se fue deslizándose por su costado volviendo a mirarlo de refilón.

Esta vez él no respondió, simplemente la siguió igualmente con el rabillo del ojo e impulsivamente la sujetó de la muñeca. Kalima se puso en pie elevando el brazo sujeto por él y lo puso frente a sus rostros mirándolo con ira.

-Te dije que no volvieses a tocarme – seguía mirando la mano que lo aprisionaba firme pero sin daño.

-No te vayas... - aflojó su mano sin querer retirarla, solo quería tocarla.

Kalima le clavó el mirar en el pecho, el cual le quedaba un poco más bajo de su barbilla y le dejaba ver la cicatriz que había sobre su pectoral derecho, la que le hizo el día que él le perdió el respeto y ella le clavó una flecha por ello.

-¿Quieres otra? – esta vez lo miró directamente a la cara y sacó el brazo de entre su mano.

-Creo que con una es suficiente... - la tocó dejando que unas gotas de agua le resbalasen por el pecho.

Por primera vez en años, se encontraban el uno frente al otro sin discutir, sin reproches, parados el uno junto al otro, diciendo con miradas que iban y venían, lo que las palabras no hacían, y aunque siendo de costumbre él más impulsivo que ella, esta vez, la que se impacientaba en que hacer... era ella, tanta tensión y evidencia entre los dos la estaba agobiando.

-Bueno... - soltó otra vez el aire de golpe y dio un paso para agitar el tiempo paralizado en aquel instante dispuesta a marcharse – Gracias por esta aclaración... - otro paso más la puso de espaldas a él.

-No te vas – dijo él sujetándola una vez más por el brazo.

Kalima respondió con un golpe seco de puño, que él bloqueó al instante rodeándola por la cintura y sujetando ese puño tras su espalda, la presionó contra su abdomen, apoyándose en una roca que protegió la caída de los dos por el forcejeo y otra que le permitió poner los pies y crear con su cuerpo una especie de hamaca. Ella se retorció, movía las piernas salpicando el agua, pero los brazos de él eran fuertes y bien sellados, el estar de cintura para abajo cubiertos de agua más la inestabilidad del suelo, complicaba poder escapar de aquellas garras y cuanto más se resistía, más parecía aferrarse él.

Kalima gruñó de rabia e impotencia, pero ahora estaba donde tantas veces había imaginado, sintiéndolo, dando vida a esas fantasías que él había provocado y...

cuando dejó de combatir y se comenzó a relajar sobre el cuerpo de él, sintió su tacto, su respiración agitada sobre su espalda.

La mano que todavía se encarcelaba entre su pecho y su espalda, dejó de tirar y se abrió, clavando su palma en el hueco que comenzaba a bajar hacia las abdominales.

Miró a los lados y con la mano que le quedaba suelta, se apoyó en la cintura de él y dejó que su cuerpo se deslizase sobre sus muslos, dejó que sus sexos quedaran completamente pegados, que cualquier movimiento que hiciesen, los propinase con una pizca de placer.

Un placer que se manifestó rápido por parte de los dos, aunque era evidente que a él se le notó antes, la liberó del brazo y recostándola sobre su pecho, le apretó los muslos subiendo por sus costados y arrancando la tela de sus pechos, volvió a bajar las manos donde una vez en sus caderas, la empujó hacia delante para restregarse contra ella.

El agua se agitaba cada vez con más ímpetu acompañando a los sonidos jadeantes de sus bocas, curvando sus cuerpos ante corrientes de excitación estallando en sus estómagos, frotándose y frotándose poseídos por el prominente encuentro; de un estirón de cordones le rompió la escasa tela de sus bragas y dejó que su polla se restregase contra aquella locura de coño; apreciaba como espasmos de descontrol provocados por el placer carnal se apoderaban de su cuerpo.

Se abrazaba contra su espalda enroscándose en sus tetas, besándola y lamiéndole el cuello, torciéndola para besarla y suspirar juntos de exaltación.

Los gemidos de Kalima y el poder palparla de arriba abajo, hacían que

su polla se regocijase en disfrute, jugaba con su culo, se la introducía lo justo, la volvía a sacar y la frotaba por delante, esperando a que la mano de ella la agarrase y palpase la punta, que se la menease con aquellas grandes manos que sabían moverse extremadamente bien.

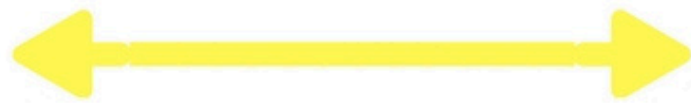
Kalima se giró sobre él y colocándose de frente, apoyó sus pies en la roca y se mostró desnuda, dejando que él viese como su mano bajaba hasta su coño y se lo agitaba cada vez más cachonda, cerrando los ojos y elevando la cabeza arrebatada de delirio.

Cogiéndola por las rodillas, la inclinó para que se sentase y probase el capullo que sobresalía del agua mirando a su coño.

-Veenn – casi pareció una súplica al decirlo entre cortes de voz, frutos del mayor de los gustos – Déjame probarte...

Reclamando su mano para apoyarse, le acarició la envergadura de su mástil saliendo del agua que se movía solo pareciendo llamarla y la incitaban a sentir sus manos reclamándola, apretándola como si solo fuese suya, dejándolo entrar paso a paso, haciéndole creer que caía sobre él para volver a sacársela, jugaba con ella, se la metía, se la sacaba, se la restregaba y cuando el cuerpo de él se torcía hacia atrás curvando la espalda, se la metía hasta el fondo, y allí la dejaba, presionándola con sus recubrimientos altamente excitados, se movía en vaivenes, le cogía las manos y las llevaba hasta sus tetas para que él se las apretase, le pasaba las manos tras los muslos y le acariciaba para incrementar su placer. Estaba poseída por el morbo y él cada vez alcanzaba un poco más la locura, así que la levantó en peso y entre nados con parones para entrar con una nueva investida, la llevó hasta la orilla y la tiró al suelo abriéndola de piernas para ver como con cara de satisfacción se tocaba todo el cuerpo, pidiéndole que se tirase sobre ella.

Como macho semental, la presión de las piernas colocándose a tiro, arremetiendo contra ella, una y otra, una y otra, sacudida tras sacudida la plenitud se incrementó elevando las voces del sexo hasta jadeos altamente eufóricos, lo que de sus cuerpos caía ya no era agua, si no sudor expulsante de malas historias y malos recuerdos que aquella tierra de utopía, absorbía bajo sus cuerpos enredados... y obviamente apasionados... exaltados y bien, muy bien corridos... y recorridos.



Be'S ART ®

BUKOWSKI Y EL SEXO

La fragancia del vino impregnaba el cuarto donde Charles se encontraba tirado en el sofá, con las mismas ropas de la noche anterior no la otra, con la barba comenzando a encrespase en la parte baja de la barbilla y sintiendo las sienes, un tanto presionadas por el efecto del alcohol en exceso. La mujer canturreaba dentro del aseo, creyendo que aquello disimularía el salpicar de sus mierdas golpeando el agua del cagadero, aunque a él no le importaba, pensaba joderla igualmente.

Su polla empezaba a hacerse notar pensando en las tetas de la mujer, que como dos melones consistentes, se presentaban antes que su dueña cuando la veías venir; las tetas de Letice, eran el manjar del paraíso para todo hombre, y aunque la belleza en su rostro no es que fuera su fuerte, tenía un polvo exquisito. Cuando Letice decía de meter tu polla entre sus melones, era casi igual que hacerlo en su coño, te la sujetaba con tal firmeza entre ellas tomando el control del ritmo y convenciéndote para que te dejases llevar, que lo mismo daba por donde te la follases.



Con el sonido de la cadena del váter y los pasos aproximándose hacia la puerta, Charles desabrochó la bragueta del pantalón y dejó caer la botella al suelo; Letice solo se cubría con una fina bata de gasa transparente llena de agujeros y girones, permitiéndole entre ver el triángulo rasurado de su pubis.

-¿Follamos? – dijo con retórica al ver la mano de Charles sacando la punta del capullo y acariciarlo.

La borrachera no le dejaba ni hablar, pero eso no era problema para demostrar lo que quería, así que terminó de sacar la largaría de su minga y la alzó meneándosela.

Letice sonrió pícara y caminando descalza sobre las colillas y porquería esparcida por el suelo del apartamento, fue soltando la cinta que sujetaba la bata a su cintura y la dejó caer para llegar completamente desnuda ante él.

-¿Así que eso es lo que quieres? – dijo con tono sensual arrodillándose ante la polla que comenzaba a humedecerse con las primeras lubricaciones de la excitación.

Charles empezó a zambombear su gruesa minga, haciéndose una paja y dejando que la boca de ella la continuase. Letice se la fue besando con pequeños lametones desde su base hasta su fin, volviendo a bajar por el lado contrario y dejando que sus desorbitadas tetas, le rozasen toda la zona pélvica.

Charles abría las piernas al tiempo que sentía la cabeza divagar por el gozo que en su polla crecía, la sujetaba por el cabello castaño y largo estirando de él, ordenándole que siguiese y marcándole el ritmo.

Veía la habitación girar y girar, mostrándole sombras y bultos irreconocibles y que le hicieron enderezarse de cintura para arriba, permitiéndole tirar las patas en un costado del sillón mientras Letice, se la seguía comiendo con ímpetu.

La mujer no pareció percatarse del asqueroso percance que acababa de suceder, ya que seguía con esmero la labor de propinarle placer, así que sin más y con el estómago recompuesto, por así decirlo, se volvió a reclinar sobre el respaldo del sofá y dejó que Letice se la estrujase entre sus melones. Esta sé la machacó entre una cobertura de carne blanda y acolchada, que solo dejaba asomar la punta del capullo cuando le estiraba la piel pegada a la de sus tetas y le daba un lametón para incrementar el delirio.

Divagando casi por completo entre espasmos de placer y jadeos desenfadados, sintió la luz del pasillo encenderse.

-¡Letice! - se escuchó un traspies contra el taquillon de entrada - ¿Estás en casa? – su voz sonó claramente ebria.

-Joder – dijo Charles sacando su polla de la garganta de Letice.

-Solo es Agatha – dijo al tiempo que relamía los restos de su boca – ¡Estoy aquí! – elevó la voz - ¿Quieres unirme? – miró a Charles con desafío.

-Vieja zorra – se rio entre dientes – Siempre sabrás satisfacer mis demencias... - se volvió a dejar caer sobre el sofá desabotonando su camisa.

Los trompicones de Agatha acercándose por el pasillo se hicieron notar

con más intensidad y cuando la manivela de la puerta chirrió, Letice volvió a la carga pero sentándose con su celulítico culo sobre la polla morcillona que todavía esperaba lo suyo.

-Oh oh¡¡ -Agatha dejó entrever una lengua juguetona relamiendo sus labios - ¿Podrá con las dos? – miró confidente a Letice.

-Acércate y lo comprobarás – se entrometió Charles con aquellos ojos vidriosos, que normalmente atraían a las mujeres.

Letice comenzó a agitar su culo y restregarle el coño, haciéndole notar la humedad que en él se cocía. Agatha fue dejando caer ropa y accesorios, hasta quedar en un sutil vestido más parecido a un visillo, que lo colocó frente a su coño, una vez la tuvo de pie sobre el sofá y abierta de piernas para él.

La imagen de los tres proyectada en sombras sobre la pared, era la viva imagen de un cuadro surrealista, donde él era el núcleo y Letice, lo cabalgaba de espaldas, dejando que sus gordas tetas se sobresaliesen por los costados para que las acariciara y apretase según le conviniese; justo sobre su cara y de espaldas a su amiga, Agatha se le investía con un coñito igual de rasurado que el de su jinete y rebosante en una pepitilla de cierto color morado.

Aquel fruto exótico, sabía cómo el buen vino, y como tal, lo lamió y lo reabsorbió como si de una buena uva se tratara. Los jadeos de las dos mujeres culminadas de gozo, ponían a dos mil por hora el corazón de Charles que intentaba mantener el tempo entre los tres para prolongar el encuentro.

Miraba através del rabillo del ojo la escena que en la pared se delineaba, aumentando las ansias de joderlas, de follarlas hasta

reventarlas, aunque con los vaivenes que le daba la cabeza por el vino, no estaba tan seguro en si caería sin enterarse antes que ellas.

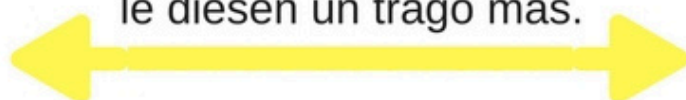
El aroma del lugar, se impregnó en flujos y sudor, sintiendo una punzada en la cabeza aturdida, pero esta vez, era la corrida prominente que se avecinaba reveladora de placeres.

Agatha pedía más y más, estrujando su raja chorreante contra la boca de Charles, que comenzaba a poner los ojos en blanco al sentir su polla estallar en el coño de Leticia.

Las dos mujeres gritaron sucesivamente, y con el espasmo de Leticia embistiéndolo por última vez, la sacó de él y bajó a Agatha, quería que terminase de correrse con su polla dentro. Con solo metérsela y acariciando la pepitilla de Leticia para prolongarle el gusto, los tres estallaron en una corrida desorbitada; el cuerpo de Charles parecía una máquina vibradora a punto de reventar, sentía el corazón salirse del pecho y sin pensarlo, agarró la botella bebiéndosela hasta el final y quedar allí tumbado, como un asqueroso saco de basura al que habían descuartizado.

Ellas cayeron tan exhaustas como él, tumbadas sobre la porquería del lugar y el horripilante hedor que sus cuerpos sucios desprendían, resollando entre balbuceos ebrios y deslizamientos en busca de un hueco donde caer a plomo, como perras borrachas y bien folladas. La pared siguió girando unos diez minutos más... y cuando el silencio ya solo se rompía por los ronquidos de las mujeres y algún que otro mal oliente pedo proveniente de sus culos.... fue hora de marcharse...

Joder que gustazo, se escuchó en su borracha cabeza, cuando tirando las potas sobre la alfombra de entrada, se fue a cualquier lugar donde le diesen un trago más.



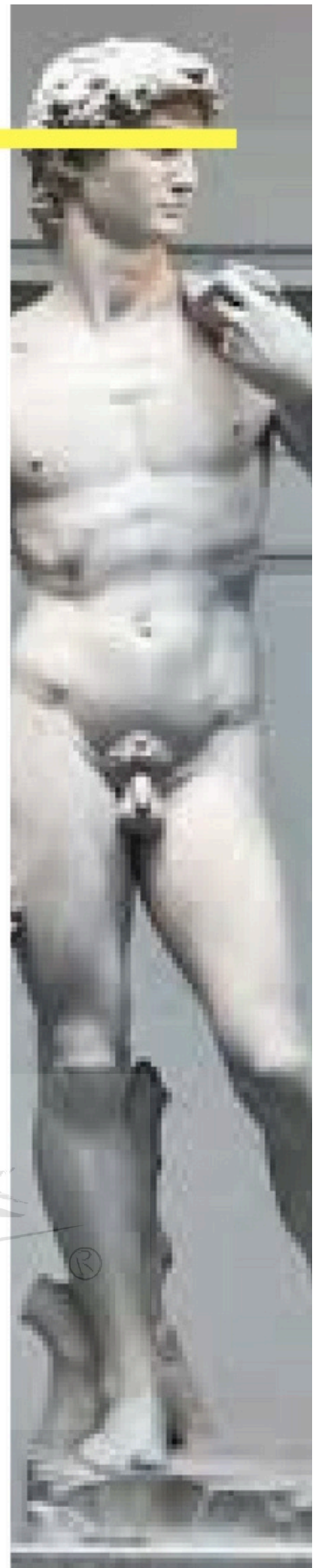
POLLAS

Leyendo a mí recién conocido, José Martín Molina y su directa narrativa sobre los chochos, diferentes cuestiones comenzaron a surgir por mi mente, pero la que más se me repetía era...

¿Cuáles son las opiniones de las féminas sobre las pollas?

Por suerte para las mujeres y a excepción de algunos hombres, nosotras somos más de compartir y describir al detalle, nuestras experiencias carnales y las peculiaridades de las pollas que nos follamos; nos encanta eso de compartir con nuestras amigas, como nos lo han hecho y cuan extasiadas o decepcionadas hemos quedado; así que hice un recapitulamiento de mis propias vivencias y las contadas, por las mujeres que han pasado por mi vida.

Por desgracia para nosotras, o al menos para mí, las mujeres somos un cuenco lleno de expectativas y creemos que así sucederán cuando llegue el momento ansiado, cosa, que luego siempre sale mal.



La polla de mi primer amante, era grande y gruesa, algo que los tópicos dicen ser lo mejor y a lo cual discrepo. No la belleza y anchura de una pinga, hacen las delicias que nuestras mentes inventan, por lo general, si un hombre no sabe moverse como a una le gusta, y en esto estoy de acuerdo con José Martín, que cada coño es un mundo, de nada te sirve meter y sacar.

Lina, una sueca que conocí en mi paso por París, nos contaba una tarde de happy heures entre pintas a Pernilla y a mí, como el argelino con aspecto de alemán, que habíamos conocido unas noches antes en Montmârtre, la había dejado decepcionada cuando se desnudó ante ella. Por lo que contó, la pinga de este no sobresalía más que un pulgar, ancha como una morcilla hecha sin sangre y envuelta en un espeso pelo púbico tan rubio como el de su cabeza. La pobre, por no ser descortés y dejar el lívido de David a la altura del betún, se dijo: “Venga Lina, ¿Qué vas hacer? Es lo que hay, fingiremos y ya está...
¿Por uno más?.....

Pero no, he aquí la controversia de los tópicos. Al parecer, el argelino con aspecto de alemán, tenía un movimiento sin igual en sus caderas y su pelvis, tal, que cuando le arrimó su escasa y morcillona polla, ella hizo un esfuerzo para abrir su agujero lo justo y no dejar, que se colara perdiéndolo de vista y acabar en el hospital, pidiendo que se lo sacaran; todavía lloro de la risa al recordar esto; la cosa fue que aquel tipo, sabía de la escasez de su miembro y eso le hizo mejorar su entrega; Bravo por él, pensé yo.

David no se lo hizo ni una ni dos, si no tres veces que dejaron a Lina con un hinchazón de chocho que le duró cuatro días; la tendríais que haber visto caminar, por no decir sentarse.

Así que, aquí tenéis una vivencia, que demuestra lo importante que es, que una polla sepa llevar el tempo perfecto para darnos placer.

La leyenda de que los franceses son tremendos amantes, es otra falsedad, eso se lo dejamos a los italianos y los latinos.

Los franceses son románticos, pero solo eso, siempre anda fatigados y cuando han echado un polvo rápido en una cutre habitación de mal hotel, te dicen que quieren dormir, así que te haces una paja rozándote con su inflamada polla, te corres como perra en celo y te marchas.

Además, sus sexos huelen a queso y mal comer, así que mejor dejar las mamadas para otros. Está claro que no se puede generalizar, pero por las vivencias contadas y siendo demasiadas las oídas, me las voy a creer.

Mamadas deliciosas, se realizan en lo oscuro y casi oculto de una escalera, donde una cascada de flores y hojas dejan ver lo justo al salir de Gambetta, una sala de reggae en Port de Bagnolet.

Recuerdo lo ciega que iba y lo tremendamente cachonda que me puse ante el espectáculo que contemplé.

Con las bragas bajadas hasta las rodillas y la falda levantada hasta la cintura, aquel italiano, le comía el coño como si fuese un muerto de hambre, mientras la francesa se apretaba las tetas exaltadas bajo la blusa, que sin ropa interior descubría sus pezones. Cuando el gemido de ella anunció al espasmo de su orgasmo, el italiano, se enderezó sacando su rosada y larga minga y sujetó a la francesa por la cabeza, torciéndola para que se la comiese con el mismo esmero que él había hecho, evidentemente.

La francesa metía y sacaba la largaría de la minga italiana, entre "Avantis" del italiano animándola a incrementar el ritmo, cosa que comprendió,

por la rapidez del movimiento que él puso, al sujetarla por el pelo e impulsarla hacia delante y hacia atrás; pareció querer ahogarla.

El italiano se corrió en su boca y arqueando el tronco hacia atrás, se la salpicó y restregó, ofreciéndole un pañuelo para que se limpiara; muy modesto por su parte, pensé irónicamente.

La cuestión es que yo me había corrido solo de verlos, pero cuando en el autobús de vuelta a casa, aquel mismo italiano, me metió la mano entre las bragas y pude saborear, lo puntiaguda y bien perfumada que era la pinga de aquel tipo, me desperté.

¡Mierda! dije cuando sobre mi cama sudada, descubrí que el trayecto del autobús, solo había sido un sueño. ¡joder! Eso es lo que quería yo, que me jodiesen y bien jodida.

Unas semanas después, me tropecé con la francesa y le pregunté.

-¿A qué saben las pollas italianas?

Y entre risas de vergüenza, pero como hembra confesora que somos todas, me dijo.

-A banana y perfume del caro.

Así me confirmó, que los italianos perfuman sus genitales y los cuidan porque adoran que se la coman.

Las latinas... ¿Qué podemos decir de las mingas latinas? Pues lo que se sabe y más... estos tipos llevan el ritmo en la sangre y al igual que la música fluye por sus venas, el deseo carnal por la ancha vena que cruza sus pollas.

. Grandes, robustas, oscuras, con un hermoso capullo rosado floreciendo entre la negrura del delirio que provocan, pero no te enganches a ellas, porque son como el pistilo de una mariposa que picotea de flor en flor y nada más.

La ingenua Astrud, creyó que su esencia filipina haría que Ángel quedase amarrado a ella, pero a él lo único que le interesaba amarrar, era a ese coñito asiático que visitaba cada dos meses, que inusualmente, era cuando aparecía.

Los asiáticos... ¿Qué vamos a decir de ellos? Son tan reprimidos para los sentimientos que lo demuestran por igual en sus actos carnales, así que si no estás segura de que se trata de una excepción, no pierdas el tiempo, porque sus flácidos penes, necesitan de demasiado alcohol y éxtasis para soportar una corrida.

Espero que la convivencia entre culturas que hoy en día vivimos, les haga mejorar. Si no Nicole, os podrá contar con detalle, como aquel japonés dedicado al mundo de la moda y muy bien educado, la dejó con el orgasmo a medias, ¡porque se cortó al ver como ella disfrutaba como posesa.

“Hijo puta bastardo” lo llamó innumerables veces mi gran confidente alemana. Jamás volvió a probar aún asiático y se quedó con sus hombres alemanes, que a pesar de su seriedad y graves voces, eran tan fogosos y bien equipados como imaginamos, y ella tan detalladamente me describía, aunque en ocasiones creí que lo hacía para convencerse a sí misma. Como se dice, más vale malo conocido que bueno por conocer.

¿Y qué pasa con los españoles? Pues... los españoles son la mezcla de todo un poco, al menos para mi parecer.

Grandes, gordas, pequeñas, flácidas, largas y anchas como una nariz trompona, fina y juguetona, torcida, curvada hacía arriba, curvadas hacia un lado.... bueno de todo, pero por mi propia mundología, recomiendo que todos sean como sean y la tengan como la tengan, se practiquen la circuncisión.

Si. Y repito. Si.

No podéis haceros una mínima idea, del placer que propináis cuando ese pellejo desaparece y dejáis vuestro capullo al descubierto. Para nosotras es como el sexo sin condón para vosotros.

Y esto lo descubrí, cuando después de mis cuatro años de gandulería sexual y segura de mi cuerpo, encontré al eslabón perfecto que me hizo divagar.

En la parte trasera de un Golf GTI blanco, aparcado en medio de un descampado entre naves industriales y viviendas de campesinos; ¡que escena más romántica por favor; ¡ el capullo desprovisto de tejido innecesario de un cantante de punk-rock, me dejó sin sentido en las piernas y enganchada al sexo, más que aún yonki a la heroína.

La polla de este español, era un dibujo perfectamente delineado, creado a la perfección para mi aletargado chocho que ya pedía una buena investida, y había olvidado lo incómodo del primer momento.

. Aquel tipo me folló, pero en las sucesivas veces, fui yo quien lo folló a él, dejando que mi cuerpo se moviese y aprendiese, a saber, qué era lo que le gustaba que le hiciesen.

El persuadió a mi mente, alejándola de las dudas y dejando que el

placer que su pinga me propinaba, fuese mi único interés.

Lo que yo he descubierto con los años, es que no importa el tamaño de una polla, si no el cómo utilizarla, el cómo un hombre debe saber hacernos olvidar, las curiosidades de nuestra mente femenina y centrarla únicamente, en el placer que ellos nos van a dar, y al igual que Martín, que dice que cada coño es una nueva experiencia, con las pollas, sucede lo mismo.

Nos centramos en estereotipos y cuando la verdad nos alumbrá, no siempre nos deslumbra, por eso yo opino, que debemos ser entregados para el sexo, sea con amor o con ausencia de él, porque al fin y al cabo, solo de carne y placer, nos encontramos narrando.



Be'S ART ®

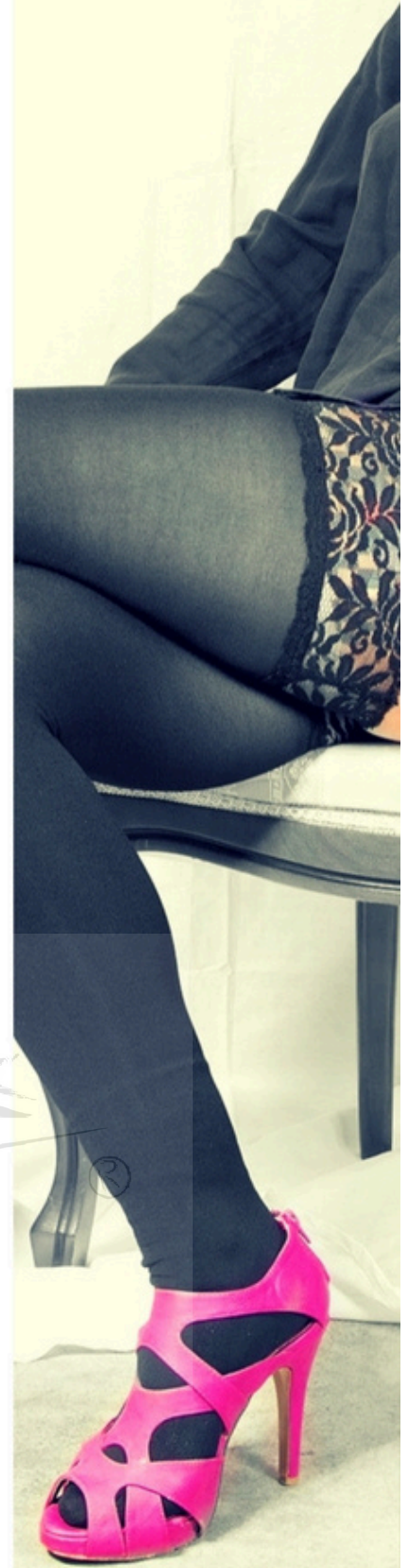
MODOSITAS

Pasando un tiempo por una de las cadenas de tiendas más conocidas, por así decirlo mundialmente, descubrí varias curiosidades un tanto impactantes, pero la que más me sorprendió e impresionó, fue la que llegué a conocer de una de mis compañeras del turno de tarde.

Resulta que cuando solo eres un cliente y visitas uno de estos lugares, rodeado de bellas chicas, bien vestidas y perfumadas, crees que todas serán unas estiradas y pijas; y claro está, que entre tantas, alguna de estas nombradas hay, pero, las mejores y sin duda sorprendentes, son las conocidas, como las "MODOSITAS".

Esas que llegan con el mínimo cabello repeinado a la perfección, con la raya del ojo tan perfectamente delineada que parece una pegatina...

¿Cómo coño lo hacen estas cabronas? Será que yo ya tengo demasiado marcadas las patas de gallo y mis líneas, se parecen ya más a las curvas que a las planas, pero bueno, a lo que iba.




Estas chicas con altos grados de gloss en los morros, que el cliente no sabe si pedirles una camisa o comerles la boca en el sombreado rincón del probador, son las más picaronas y las que a mí, no por apariencia pero si por experiencia, me dejan a la altura del betún y como una reprimida ante las innovaciones del sexo, ya que yo debo reconocer, que por mucho que un buen azote o tirón de pelos me ponga lo suyo, si te pasas con la fuerza, te meto yo la hostia.

Pero a lo que vamos; esta apreciada compi, en una tarde de hincharnos a doblar ropa, compartió conmigo de un modo sutil e inesperado, sus nuevos juegos sexuales, y creyendo yo, que nos encontrábamos a un mismo nivel, le dije de lo morboso de eso, que tiren del pelo mientras el vello de tu espalda, se encrespa cuando te lo hacen por detrás, y que está muy guay y todo lo que queráis, pero cuando la tipa me soltó lo del copón en la cabeza mientras la follaban, a mí se me calló la boca al suelo.

-¿Qué dices tía? – le dije perpleja entre risas que se me escapaban del alucine.

-Que sí, que sí tía, tienes que probarlo – me decía partiéndose el culo un tanto avergonzada pero con esa mirada picarona de.... “si yo te contara”

Y como no... quise que me contara, ya que este cerebritito curiosón que tengo, quiso saber más. 

Así que igual de sutil y sin llegar a describir detalladamente sus encuentros carnales, solo dejó escapar ciertas palabras como... esposas, cuerdas, látex, diferentes pollas de goma, etc...etc... Yo flipaba, pero... ahora quería más, ahora me picaba demasiado la curiosidad y no dejaba de pensar, en...

cómo sería esa experiencia de que te aprieten más de la cuenta, hasta sentir el escozor en la piel; y coincidiendo con ella el jueves de la semana siguiente, le dije con cierta picardía.

-Chiqui, cuéntame más de eso que te gusta que te hagan – sostuve la sonrisilla en la boca – Ahora no dejo de pensarlo – le reconocí.

Y esta mirándome, como yo solo tenía costumbre que lo hiciesen los hombres, me soltó.

-¿Qué turno tienes mañana?

-Libro – le dije como si nada.

-Pues esta noche te vienes a mi casa y te lo enseño – toma y me lanzó mi modosita.

-Venga sí – dije cachondeándome y pensando que ella también lo hacía.

-No enserio ¿No quieres probarlo? – puso cara de estar hablando más que enserio - ¿Si no te importa hacerlo con una mujer? – me elevó las cejas tentándome.

-¡Coño! - se me escapó a mí tremendamente tentada - ¿Lo dices de verdad? ®

-Claro, además me encantaría montármelo contigo.

-Nena.... ¿Eres bollera? Yo no, aunque no me importaría probarlo – me aturullé un tanto.

-Yo tampoco lo soy, pero si se presenta....- se encogió de hombros

como si nada.

-¿Pues sabes lo que te digo? – me crecí – Que sí me apunto, además, gano una experiencia lésbica y saber de qué va el rollo ese del sado.

-Ale, pues nos vemos a la salida.

Y cada una se fue a sus respectivos puestos, dejando que las horas no pasasen tan rápidas como hubiésemos querido, pero meadas de risa, cada vez que nos cruzábamos y sabíamos lo que íbamos a hacer.

A las once menos cuarto, yo ya me encontraba siguiéndola con el coche para llegar a su casa, que por primera vez visitaba y me encontraba claramente inquieta, aunque menos mal, que mi compi era todo un sol y me hablaba de esas cosas, como el que va a ver una peli con un colega; así que escucharla decir que nos íbamos a poner unos succulentos conjuntos de lencería o que íbamos a jugar con su arsenal de pollas de goma y cachivaches punzantes, me resultó algo más parecido a un juego que a una tortura eclesiástica.

¡¿Qué coño?!

Si estaba viviendo el sueño de toda lesbiana y hombre capaz de pagar por verlo. Dos morenas con pechotes desorbitados, traseros prominentes y cinturas que podrían haberse partido solo con torcerlas, se iban a enredar la una con la otra e iban a frotar sus pieles, hasta ponerlas rojas como tomates, y yo me lo iba a perder, JA!, por allá cerca.

Así que, toma tomate, el que se montó cuando me pasó una especie de

mono hecho en tiras de látex rojo, que costó lo suyo ponérselo, pero que una vez colocada cada tira sobre su respectivo trozo de carne, quedó que te cagabas.

¡Si me puse cachonda solo de verme!

La cremallera del mono me llegaba desde lo medio de mi cuello hasta el comienzo del cuello de mi vagina, desde donde las tiras se iban a recorrer mi cuerpo, separadas unos cinco centímetros entre ellas, y apretando lo justo, como para hacer rebosar la carne; sobre todo a la de mis globos, que cubría los pezones y al resto lo dejaba escapar prisionero y abultado.

-Este mono es una pasada – dije fijándome en la indumentaria de ella.

Modosita se me presentaba con un corset a la cintura en charol negro, las tetas al aire con unos succulentos cubre pezones dorados y unas braguitas igual de acharoladas, partidas en su centro por una cremallera de oro, donde meter tu dedo.

-Nena. Estoy cachonda – se me escapó al igual que la mano que cogió su teta.

-Uy, pues tú me vas a poner más a mí cuando te pongas esto.

Y me pasa un pasamontañas del mismo látex rojo con una cremallera en la boca.

-Ehhhh un capullo, no te pases parienta que es mi primera vez – me puse yo to´a chulita.

Anda que me iba yo a perder ese espectáculo con aquella mierda

puesta en la cabeza, estaba muy equivocada; tengo que reconocer que en eso soy muy tío, me gusta mucho eso del mirar.

Mi compi se partió el culo de la risa y tiró el puto pasamontañas a una esquina de la habitación, centrando su mirada en la cremallera que se adentraba entre mis muslos.


-Ahora a meternos en el papel.

“Y lo que no es el papel” pensé yo, mientras me cogía por el coño y abría la cremallera por ese extremo.

-Si te duele te jodes – me dijo pellizcándome la pepitilla, y tirando de ella, hasta arrastrarme a su cama de princesita.

Joder; Yo estaba algo así como... petrificada. Con una mano en su teta derecha y la otra simplona, como si nunca hubiese tocado una buena cacharra, a ver.... A ver si me decidía...

Aún estaba yo tomándomelo a cachondeo y mira que ella me apretaba con intensidad la pepita, pero no me centraba, tenía yo más costumbre de sentir algo eréctil y húmedo frotándose por allí, que a unos putos dedos, presionándome aquello como una pasa seca.

-Ahora túmbate y abre las patas para enseñarme ese coñito – eso fue una orden del mismísimo supremo. 

Joooder; j

Mi modosita acababa de convertirse en una auténtica dominatriz y yo en su puta esclava; y a mí me daba por pensar en un colega que tengo, que se empeña en llamarnos “Súbditas”; como me río yo con

este cabronazo; él nos dice, “Arrodillaos súbditas, plebeyas”, está claro que en cachondeo, pero para que veáis donde estaba mi mente; la cuestión es que se me escapó una risa rastreadora de compostura, e intenté meterme en el papel como había dicho ella, y dejando que me pellizcase y mordisquease el cuerpo, comencé a sentir el calorillo por ahí abajo.

-Vamos a sacar unos juguetes – y la vi reclinarsse en la cama, para sacar una caja forrada con papel decorativo del erótico wini de poo, manda huevos, y ponerla junto a mí.

Pero no te lo pierdas, que la guinda salía detrás en forma de pala que ni la de un panadero.

-Tía ¿Me vas a dar con eso? – a mí se me partía la risa solo de imaginarlo.

-Claro – y se palmeó la mano con la pedazo pala – Ponte de culo – reapareció la dominatriz.

Yo estaba descojonada pero obedecía como buena y obediente aprendiz, dejando que mi mentora, me propinase de los justos y un pelín dolorosos cachetazos en el culo.

Luego sacó un pedazo rabo negro y lo fue pasando por mi canalillo y mi abdomen hasta restregarlo con intensidad por mi raja, que si no hubiese sido por los palazos que me daba, os aseguro que hubiese estado mucho más mojada. La cosa es que sin previo aviso, mí modosita me agarró de las tiras de la espalda y de varias de la pierna izquierda, y me dio un giro en el aire, que ni Matrix colega.

Vaya partida de culo, yo lo siento mucho, porque no sé si sería por los

nervios o no, pero me suele suceder que muchas escenas me causan risa, escenas sobre todo románticas, donde el sonoro pedo del culo de ella se escapa antes del beso esperado, o las mayas rajadas en el centro de su raja, a Romeo, le joden la súper entrada en el balcón de Julieta, pero bueno, me centro.... Vuelvo a mi modosita, la cosa es que este giro me causó mucha pero mucha risa y hasta que esta no me dio otro palazo en todo el lado del muslo, yo no volví a centrarme.

Resulta que la experta modosita, ya imaginaba de mi reacción ante aquel esporádico e inusual encuentro, cosa que de inusual tuvo mucho, pero de esporádico, poco poquito. Con su coletita de colegiala, su extra de gloss milagroso que por más que me besase y lamiese rincones de mi cuerpo, no se iba ni por un asomo, y sus melones rozándome los muslos, sentí algo caliente, carnoso y húmedo, agitándose en mí agujero.

¡"COÑO"¡

Si me estaba comiendo el coño.

Y además, por primera vez, sentí, lo que sienten los hombres cuando se la comemos y notan nuestros melones, rozándoles la piel de sus muslos. Que suavcita está esta piel ¿Eh?, ummm, me gustó, pero modosita, tenía muy poco de modosita, y me lo comía tan ferozmente, que si no me levanto y la aparto, me corro en menos de un segundo.

-Ven pa'ca – le dije.

Tenía yo ganas de rozarme contra ella, me molaba eso de conocer lo de teta con teta sin tela de por medio, eso... de... sentir un chochete frotándose en mi pierna, bueno... que ya sabéis... pues eso...

La verdad que cuando la sentí al principio, me encontré un tanto desencajada, sí, eso que no te acoplas... ya sabéis, pero sintiendo su jadeo en mi boca, descubrí de lo similar de con un hombre, y al menos, a mi modosita, no le olía el aliento como a otros y me disuadí de todo reparo y cachondeo, poniéndome cachonda como tenía que ponerme.

Una vez dejé a mi lado tonto de lado y me dejé llevar por el de posesa empedernida, la cosa cambió de nivel. Me permití el morderle la boca de manera bruta, cosa que a modosita le hizo perder un chorrete de flujo que me empapó hasta la rodilla.

¡Uy que malota! pensé y le di un manotazo en todo el culo clavándole las uñas.

-Aráñame pero hazme sangre – me dijo la loca más cachonda que cien perras juntas.

Dudé un pelín, pero así lo hice y otro chorrete se le escapó del coño. La madre que la parió, a este ritmo, íbamos a acabar como las cataratas del Niágara. Vaya cascada tenía esta entre las piernas, si llego a tener polla me cuelo fijo.

La cosa se fue intensificando y lo que estaba siendo el acto carnal y sensorial de dos mujeres, se convirtió en la viva escena de una película gore. De no sé dónde, sacó unas cadenas del cabezal de la cama y las ató a las anillas que habían en la parte trasera de mi mono, dándome la vuelta y colocándome nuevamente a cuatro patas, suspendida en el aire,, sujetando mis muñecas por esposas de leopardo fucsia, y viéndola sacar de la caja, algo negro que se ató a la cintura.

Me dio otro palazo que me dolió en el alma; y que si llego a estar suelta, os aseguro que la escena hubiese sido mucho más gore, pero... al quinto palazo y arañándome la espalda, me desveló lo que llevaba en la cintura.

¡Ostia! Eso era un cinturón con un pedazo de pollón. Esta me revienta, pensé con los ojos desorbitados, pensando en el escozor de chocho que llevaría durante días, por haber jugado con aquel morteraco.

Esto era la ostia, y viéndola rociar el pollón con excesivo lubricante, me entró la risa tonta.

¡La madre que me parió!!! Ahora me encontraba como si me estuviese acostando con un travestí y en lugar de repararme, me lancé encabritada.

Eso por curiosa, me dije. ¿No querías sopa? Pues toma rabo.

Ay mi modosita! que dulce eres, pensaba yo mientras solo me rozaba con aquella falsa punta resbaladiza, que me relajaba el agujero y se adentraba poco a poco.

Mis labios la fueron dejando entrar, así, disfrutando, regocijándome... y la muy perra, me pilló desprevenida, y me metió un pollazo que me llegó hasta las trancas tirándome del pelo hacia atrás y juntando mi nuca con la espalda.

-Disfruta guarra – me dijo con voz demente.

Me quedé petrificada, pero no sé cuándo, le dio aún botoncito y aquel chisme empezó

a vibrar y pasé de petrificada a excitada empedernida.

¡Mama mía! Resulta que aquel meneo dentro de mí, más un buen tirón de cuello y unas uñas clavadas en un cachete del culo, me pusieron a dos mil y me agarré al cabezal presionando hacia atrás para meterme con ganas aquella máquina. Ahora las dos jadeábamos y sudábamos claramente, yo por lo que me perforaba y ella por el tembleque que recorría la máquina y le agitaba la campañilla; aunque creo yo que estaba más cachonda por verme a mí en esa postura y disfrutando como posesa, que por lo que ella sentía en su campañilla. La cosa es que ese pedazo de goma punzante, encontró el misterioso y oculto punto G y le dijo... “Hola.... Te tengo....

Y sí lo tenía, tanto, que las cataratas de mí Niágara, se desbordaron y se abrieron camino hacia mis muslos, empapando la cama y provocando que mí modosita, se presionase las tetas y el incansable vibreo del cinturón, juntase a sus cascadas con las mías.

-Ay mami – me dijo con acento latino – Ahora pégame – y me soltó de las cadenas dejándome caer a plomo como obvia hembra chorreante de toda clase de flujos.

-¿Qué te pegue? – todavía tenía los ojos entornados y las percepciones sensoriales a flor de piel.

-Sí, dame un guantazo – me cogió la mano y se dio ella misma poniendo cara de cachonda – Dame – y se dio otro.

-¿De verdad te pone esto? – yo volvía a flipar.

-Ay sí – estaba otra vez excitada – Dame por favor... - puso esos morritos de fresón.

-¿Pero fuerte? – yo todavía dudaba. Era una sensación muy extraña, pero... era eso, era masoquismo y ella lo quería.

La miré, me miré la palma de la mano y pensé en mi encargada.

¡¡ZHASH¡¡

Toma. Me paré al instante, pero esto era muy fuerte, modosita dejó que otra corrida se le cayese del coño y me empapase las piernas...

¡Esta tía era multi-orgásmica-masoquista! Cada tres ostias la palla se corría joder... y con nueve ostias más, cayó rendida junto a mí, yo no daba crédito y aún encima cuando me dijo, que al día siguiente se haría unas seis o siete pajas, viéndose los moratones de la noche.

Yo posiblemente me cagaría en su puta madre al verme los arañazos de esclava azotada, pero tampoco me lamentaba, así que mi regreso a casa, fue una mezcla entre desfogue carnal, asimilación de lo sucedido y la sensación, de sentirme satisfecha por haberlo hecho, aunque a sabiendas, de que no volvería a repetirlo.

Por una vez, estaba bien.

E igual que había partido por la mañana con el beso de desayuno, regresé en busca del de buenas noches.

-Llegas un poco tarde – dijo él buscando mi cuerpo bajo las sábanas.

¿Quién era ahora la modosita?



REMENDOR

Mi nombre es Tomás.

Tomás a secas, sin apellidos ni apodos.

¿Qué más da?

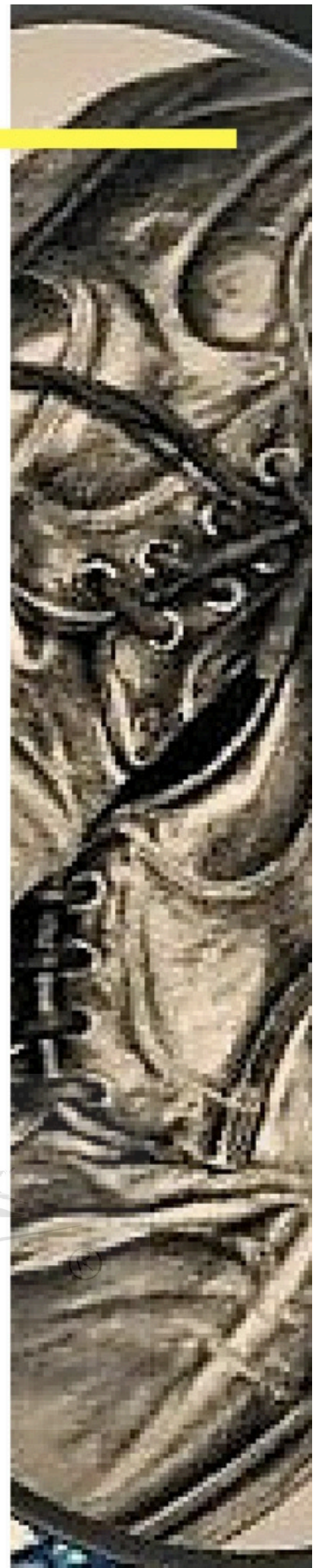
¿Qué importancia tienen?

Pues ahora sentado en mi modesta terraza de 4ª planta con vistas al sur, dejo que mi flácido y anciano culo de 83 años, evacue a base de cuescos los recuerdos de una vida pasada.

Una vida que solo queda reflejada, en aquel iris castaño que un día cubrió mis ojos, y ahora los nubla el telo de unas desbordadas cataratas.

Ayyyyyi

Ya ni el suspiro encuentra el aliciente, para escapar del pecho oprimido por las batallas vividas, por la puta vida laboral, por la monotonía del casamiento, de los hijos, los amigos... los jodidos e injustos impuestos, la asquerosa ITV, los creyentes necesarios seguros de vida, de hogar y sin fin de hostias más.



Todo esto, hoy en día, queda en una parte de mi paladar como una mezcla de sabores agridulces, como esa avellana amarga, que por más que comas otra cosa persiste en su sabor; todo anclado en este cuerpo blandengue, que ya no sabe reconocer al joven que un día fui.

Ese de piel pálida con pelo negro como el tizón, repeinado al estilo de los 50' y con no muy alta pero sí mediana y buena percha, heredada de mí padre.

Cuando intento visualizar a ese joven en mi memoria, es como ver esa peli en la que quieres asemejarte al actor principal, pero sabes que nada de él tienes.

Ay; mis años mozos;

Quien los volviera a pillar... ya ni mi Rosita persiste entre los cuerpos putrefactos del cementerio; ella me abandonó hace tanto, que si no hubiera sido por los hijos y los nietos, a saber dónde andaría yo.

Y cierto es, que no tan solo ahora, si no mucho antes de casarme, siempre me cuestioné el cómo hubiera sido mi vida si lo hubiese hecho con otra. Mismo, con Judhit, esa larguirucha que me la comió por primera vez en los baños del instituto, o Clara, esa con la que me pasé un verano entero rondándole las faldas y lo que no eran las faldas, o Zintia, esa rumana con apariencia y espíritu de cubana... la verdad que no me arrepiento de haberlo hecho con mi Rosita, la correcta que escondía un lado muy picarón y que hoy en día me sigue gustando pensar, fui el único afortunado en descubrir, pero a saber... aunque entre todas estas y las ya olvidadas, siempre hay una que no se va, una, que persiste en mi memoria y que desde el primer momento en que la vi, se me clavó en todas partes, desde las entrañas hasta el hígado, así como hasta el esternón, la cabeza y el corazón.

Se llamaba Gabrielle.

Gabrielle Pignion, la del hermoso piñón que lengüeteé hasta la saciedad, y que si no hubiese sido por ella, largos años hubiera lengüeteado más.

Por aquel entonces, yo calzaba los 20 años, y me encontraba perfeccionando el idioma en un pueblecito llamado Annency; lugar situado al sur-oeste de Francia casi colindante con los Alpes Suizos. Un pueblecito donde el encanto medieval en sus arcos a la entrada de sus plazuelas, se mezclaba con la arquitectura de casas labradas en madera y que hoy en día, sirven de museos o restaurantes de alto standing.

Todavía puedo apreciar el olor a betún y piel curtida, que emanaba del interior de su pequeña zapatería de remendor, donde el tronco del olivo, servía de apoyo para la confección de calzado a medida, lugar donde mi Gabrielle, 15 años mayor que yo, remendaba tacones, ataviada a su delantal en cuadritos verdes y blancos, estrangulando a su estrecha cintura entre la lazada perfecta, que dejaba escapar unas voluptuosas caderas redondeadas y unos generosos pechos, a los lados de la solapa del fetichista delantal; aunque debo reconocer, que fue su cara la que me conquistó.

Tenía el pelo color ceniza, con algún que otro mechón dorado revoloteando por ahí, con una boca lo suficientemente prominente en su centro, que se remarcaba con esos dos piquitos que respingoneaban a su nariz. Pero sus ojos.... Ay sus ojos... eran pardos, donde el verde oliva resaltaba entre las motas ambarinas, que se rodeaban de unas espesas pestañas negras, dándole un aire felino y acechante.

Cuando Gabrielle te clavaba aquellos ojos y alargaba la sonrisa, daba a

entender que era una mujer amigable y simpática, cosa que facilitó a mí inexperta hombría, el aproximamiento hacia ella.

El día que la conocí, yo andaba de compras, con la mujer de mi tío Evans concluyendo los preparativos para el próximo viaje que realizarían a las "Saisies", una estación de esquí perimétrica a Suiza. Mientras ellos estuviesen fuera, yo, se suponía, que prepararía mis exámenes finales de francés, los cuales me caían encima el siguiente mes de enero y me acreditaban si aprobaba, la titulación que había ido a buscar.

Cristín conocía a Gabrielle como se conocen los de pueblo, de toda la vida, así que cuando la música de Nina Simón se esparció a través de las ondas de radio procedentes del interior de su tienda, está entró dejándome bajo el umbral, cargado de bolsas y cara de pocos amigos.

-Bonjoûr – le dijo Cristín y comenzaron una pliquería que por más francés que supiese me costó comprender.

Lo poco que pude pillar fue algún estío de compras, nos vamos de viaje y este es el sobrino de Evans, el español.

Ahí fue cuando los vi por primera vez, esos ojos de pantera que se me clavaron cortándome la respiración, mientras ella me miraba desde la escasa distancia, desvelando su simpática sonrisa.

-Pase señorito – me dijo en español forzado y utilizando el lenguaje correcto, pero decimonónico del antiguo castellano - ¿Cómo se llama? – la tuve tan cerca, que pude percatarme de las pequeñas facciones, que marcan la treintena y que todavía la hicieron el doble de atractiva.

-Je m'appelle Tomás – quise que todo el francés aprendido se mostrase en aquella absurda frase intentando impresionarla.

Ja, ja, que estúpido fui.

-Enchanté – turgente dijo el centro de su boca y me la puso dura solo de pensar en metérsela por aquel hueco por donde salían las palabras
– Je suis Gabrielle – y el “suis” me la terminó de humedecer.

Intentando que todo mi vocabulario galo se desarrollase con soltura, mantuve la compostura lo mejor posible hasta que nos marchamos sabiendo que volvería cada vez que pudiese, con la excusa perfecta para verla uno segundos y machacármela pensando en su boca.

Y así me pasé prácticamente las dos semanas que anduve sin la compañía de mis tíos, merodeando a hurtadillas el escaparate fachada de su zapatería, viéndola clavar clavos a las suelas de los zapatos con el pelo recogido bajo la nuca e informal, agitando a su escurridizo escote bajo la blusa y el delantal, y hacerme salir corriendo a casa, para meterla entre sábanas húmedas imaginando su coñito caliente.

Joder, ahora que lo pienso, en esas dos semanas me hice más pajas que el sube y baja de una máquina de coser industrial, me dolía hasta la muñeca; así que eso de frotarme y envolvérmela con sábanas mojadas y calientes recreando su coño, era el mejor de los consuelos. Me volvía loco el simple hecho de imaginarla desnuda sobre mí, clavándome esos ojos mientras yo le clavaba mi estaca y me corría como conejito de Duracell. Me pasaba el día visualizando un encuentro perfecto que me permitiese llevarla a casa y arrancarle la ropa, para ponerle solo el delantal.

El día que tuve esta fantasía, me encontraba en un silencioso café de no más de cuatro mesas y minúscula barra, donde me la meneé hasta salpicar el lavabo, escabulléndome bajo la mirada acusadora del camarero.

Mi polla siempre andaba alerta, no como ahora, que solo se compone de un pellejo colgante por donde de vez en cuando, sale algo parecido a lo que un día fue orina.

La cuestión es que yo no me sacaba a Gabrielle ni de la cabeza, ni de la polla, y hasta hoy en día, debo reconocer, que en aquel entonces, creí saber lo que era el amor. El mirar a una mujer y no ver un simple florero donde derramar a mis engendros, el sentir como las manos se te humedecen ante el nerviosismo e intentar a toda costa, parecer alguien interesante; todo esto solo me pasaba con ella, aunque con veinte años imaginareis que era normal.

¿A qué chico de esa edad no le tienta el acostarse con una tía mayor que él?

Pues a todos, a todos nos tienta y si se brinda, anda que vas a decir que no; como si tiene hijos o está casada, a esa edad te la suda, tú solo piensas en mojar el churro y lo demás te la pela; aunque debes andarte con ojo, porque si te enganchas a los placeres de la carne, es fácil confundirse con el enamoramiento.

¿Pero..... Y sí a ella también le apetece?

¿Y sí las escasísimas veces que la había tropezado intercambiando meras palabras, eran señales para lanzarme?

Ahora corroboro, que a las mayorcitas también les excita fantasear con veinteañeros comiéndoselo o dándoles por culo; y yo no tardé en descubrirlo, ya que la tarde noche del día antes de regresar mis tíos, con mí falso inusual paseo por la calle de su zapatería, ella me invitó a entrar para que conociera su trabajo, cosa que me dejó altamente paralizado y sobre todo al descubrir, que era consciente de mis rutinarios paseos por su tienda.

-Cómo te veo merodear por aquí pensé que te interesaría el oficio – dijo obviamente en su lengua, mientras se sentaba en un pequeño taburete, frente al tronco de olivo y abría las piernas dejando que el delantal cayese como taparrabos.

Quise parecer seguro, indolente, como si el simple hecho de su presencia no me impactase, creyendo atisbar en sus ojos, la sabiduría de saber lo que yo pensaba.

Que tonto e ingenuo fui entonces. Por muy joven que ella se viese, al lado mío, ella era perra vieja y sabía de lo que se me pasaba por la cabeza. Y lo demostró cuando a escasos quince minutos de enseñanzas sobre el curtido del cuero, cerró la puerta con llave, corrió las cortinas y apagó las luces, dejando solamente la tenue de la trastienda avistando al fondo.

En aquel instante temblé como un flan, clavando las manos al mueble restaurado, que servía de mostrador y lanzarle fugaces miradas, al verla acercarse y colocarse tras de mí.

-¿Por qué te gusta venir aquí? – dijo con voz hechicera, embrujándome con el aroma a polvos de talco de las mujeres de los años 20', que desprendía la parte de atrás de sus orejas.

Lugar, donde colocaba el perfume para las distancias cortas. Ay!!! A mis 83 años todavía siento cierto vibreo en el pellejo colgante al recordar este encuentro.

Ummmm mi Gabrielle.... Todavía me encontraba petrificado, alucinado y sin querer creerme que lo que las incansables pajas no habían colmado, lo iba hacer ella en menos de un segundo.

Metiendo su mano izquierda por la negrura de mi pelo desde la nuca hacia la coronilla, se aproximó tanto, que pude sentir sus abultados pitones presionándose contra mis omóplatos, cosa que activó a mi verga como aún sensible sensor.

Gabrielle fue recorriendo con sigilo mi cuello, mis brazos y mi pecho, lugar donde se paró y abrió uno a uno, botón tras botón. A mí, las manos se me ataviaban a la mesa, aunque en mi cabeza ya la tenía boca abajo metiéndosela poseso, aplaudido y vitoreado por mis colegas al follarme a una madura. Gabrielle siguió reptando sus manos y cogió la mía para colocarla sobre una de sus caderas e indicarme donde quería que la tocara. Se remangó la falda para que mis manos se adentraran en sus muslos y una vez lo hice, perdí todo el pavor girándome decidido y me dejé de sandeces, me perdí en aquel cuerpo de curvas kamikaze convirtiéndome en su propio flujo.

Recuerdo como me miró a los ojos con esa mirada juguetona y se acercó con delicadeza, cogiendo mi cara entre sus manos para besarme.

¡Que lengua Dios!

Que sensualidad al enredarla con la mía... Ella también me enseñó a besar con paciencia, con detenimiento, aprendiendo a transmitir con los sensores labiales, lo que quieres hacer con el resto del cuerpo.

Se frotó contra mi tronco entero, dejándome que le fuese quitando la blusa y me embelesara con sus rosados y grandiosos manjares.

Con el siguiente gesto, confesé mi fantasía. Y como perra vieja que dije era, supo de mi fetiche al subirle la solapa del delantal y dejar que sus frutos de la pasión, se escaparan por los lados.

Se apartó unos escasos centímetros y retiró toda la ropa que yo no quería ver, recolocando su delantalito y mostrarse como en mis infinitas invenciones.

Me gustaba como me miraba Gabrielle, como recorría con su dedo índice las facciones de mi cara y lo bajaba por la clavícula para llegar a mi espalda, como mordisqueaba mi labio inferior y luego lo relamía consolándolo.

-On y va – me decía lamiéndome el cuello.

-Vamos – ni rechisté, solo la cogí por los muslos y la levanté sentándola en el mostrador.

Ufffffff.... que gustazo restregársela por esa raja húmeda y escasamente rasurada.

Siempre había follado con chochos barbies, de esos que ningún obstáculo te impide alcanzar el objetivo; pero este experto y gratificante chocho poblado, era igual que adentrarse en una selva virgen y desconocida, lugar donde buscas el tesoro escondido, donde como serpiente serpenteante, las hojas de sus copas, te indican el camino.

Cuando mi capullo traqueó las puertas de su templo sagrado, el espasmo placentero de mi llave maestra, dejó que me hundiera casi hasta el final, aunque ella, velozmente, me echó con todo el experto control de sus coberturas.

-Ça c'est très vite – negó con el dedo poniendo cara cachonda.

Tuvo razón, fui muy rápido, pero es que solo tenía 20 años y no sabía lo que era pasar una noche entera de lujuria y orgasmos.

Dejé que volviera a guiarme, que metiera mi polla en la raja de su culo y me hiciese sentir, lo mismo que si se la hubiera metido entera; en este acoplamiento, me arrastró hasta el tronco de olivo y se sentó colocando una pierna sobre el taburete, extendiendo la otra y abriéndose por completo, para dejarme ver el néctar de su fruto.

Yo no podía dejar de tocarme la polla ante maravilloso espectáculo, y cayendo rendido ante mi Diosa Pignion, se lo comí de la manera más experta posible; al menos en aquel terreno creí tener suficiente rodaje, y por como ella jadeó y me asfixió contra su pelvis, no creí haberlo hecho tan mal.

Mientras se lo comía, yo me la cascaba y cascaba, parando a recrearme en sus tetas y cuando la curvatura casi contorsionista de su espalda, desveló el cercano nirvana, me apartó firmemente y cambió la posición, ahora era mi estaca brillante la que apuntaba al techo donde su chocho la engulló y me la recomió, obligándome a hacer un sobre esfuerzo para no perderme y correrme. Mi verga se adentró en el cauce de su río vaginal, mezclando mis caudales con los suyos e impulsándolos como si la vida nos fuese en ello.

Que meneo tenía, que bien sabía mantener al vaivén... hasta sus jades componían una sinfonía desconocida para mí; mi Gabrielle no chillaba como cerda degollada; mi Gabrielle susurraba, ronroneaba, me soltaba palabras lascivas en francés y español, llevándome al delirio surrealista de Dalí, donde el ojo del tiempo tras su perpetua mirada, desvanecía la diferencia de nuestras edades y nos convertía en hombre y mujer, en amantes.

En aquel instante, no creo equivocarme si lo afirmo ahora nutriendo a estas flácidas y gelatinosas carnes, con los últimos rayos de este atardecer,

que fue cuando me convertí en hombre y dejé que el joven mete pollas, en coño que pillase, se fuera a tomar por culo.

Comprendí que con seguridad y decisión, más el añadido de una todavía larga juventud, podría follarme a más de una madurita.

Y con ella, fue con quien empecé. Ella fue mí debut, mi maestra en las artes de la seducción.

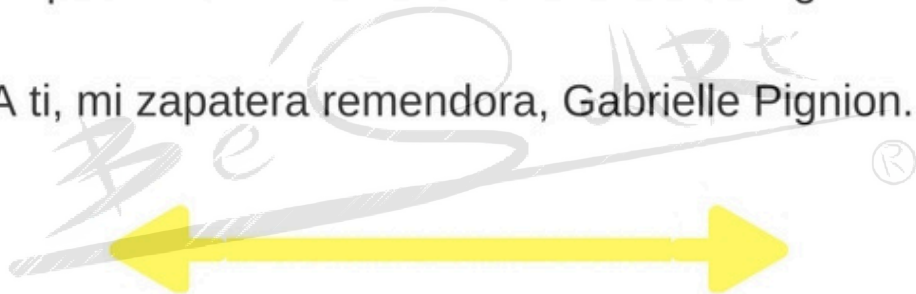
Así que... para mi preciosa Gabrielle, solo me quedan además de buenos recuerdos, buenas palabras...

Gracias por aflorarme el capullo con tanta paciencia y entrega, por enseñarme el pacto de los amantes, el secreto que existe entre ellos y el respeto entre ambos.

Sin ti y esas largas noches de amor revuelto y desenfadado, en el suelo de losetas de tu trastienda, jamás hubiera llegado a conocer, al buen amante que llegué a ser.

Y ahora con añoranza y rabia, yo me cago en la puta vida, por no dejarme parar al tiempo, en aquel momento en que todo sucedió, y pudrirme de vida eterna follando contigo.

A ti, mi zapatera remendadora, Gabrielle Pignion.



CUENTO EN HALLOWEEN

En la noche bruja, el conjuro se torció, no fue posible realizar el encantamiento deseado, todo pareció perdido, pero los astros hablaron esa noche, dijeron que tenía una nueva y única posibilidad, la noche del día 3, la noche del número sagrado.

Número que vincula lo material, lo espiritual y lo intelectual, número que los supremos utilizaron para dar forma a la constitución del universo, creando el inicio, el medio y el fin.

Y al igual que una historia discurre de esta manera, la que hoy os cuento comienza así. a de la Luna creciente.

Y en el reverberar de estrellas, la noche se presentó con el embrujo que merecía, dándole la chispa perfecta al momento idóneo, para despertar y dar comienzo, a la noche de los muertos.



Desamparada de cualquier protección, perdida en el sur-oeste de tierra lejana, en un pueblo abandonado de la mano de Dios y con extenso campo alrededor, el lugar se presentaba como la morada de los fantasmas, donde las luces en su exterior habían sido sustituidas por las de tenues candiles asomados tras las ventanas.

La neblina a ras de cintura, con su aroma a musgo húmedo te arrastraba indiscutiblemente a la cara oculta del terror.

Los sonidos llegaban alertantes por doquier, dejando que el silbido de una fría corriente se precipitase por el callejón de la derecha, poniéndola frente a una estrecha puerta de madera roja arañada, que se abría frente a su presencia y la invitaba a entrar en la profunda garganta que desvelaba.

Sedas negras y encajes cubrían las pieles de los habitantes, donde tras sus ojos de ultratumba ocultaban al deseo carnal que sus mortuorias pieles desprendían. El candor del júbilo sexual era palpable en el ambiente y cuando la petrificante mirada de unas pupilas rasgadas en amarillo celestial, le congelaron el alma, se escabulló entre los pasillos reobservada por la infinidad de lienzos pintados con las diferentes formas que Lucifer nos había mostrado através de los años, donde simbología pagana se plasmaba en los techos y suelos que pisaba, pasando de sala en sala, descubriendo reducidos habitáculos donde demonios, ángeles caídos y seres anti-terrenales, se regocijaban entre sus carnes.

Y en el último, en el más oscuro de todos los habitáculos, el de apariencia solitaria, percibió la presión del aplomo en el aire, desde donde sin previo aviso, el sibilante sonido de una voz oculta, la puso frente a su destino.

La presencia emergió con zapatos blancos, envuelto en una espesa neblina que lo rodeó todo con su mortífera e hipnotizante aura, haciendo un movimiento veloz que la sujetó por el cuello y la dejó sentir, como la penetraba con sus afilados colmillos; haciendo pasar a la situación de aterradora, petrificante y escalofriante, a placentera, excitante y tentadora.

La presión de la boca sobre su cuello le nubló la vista y el balanceo se precipitó en su cerebro, activando a la estimulación en su clítoris, desprendiendo el efluvio de su propio flujo y cautivando al Dios del Terror.

El palpar en su hendidura reclamó al sexo que el Dios "CAOS" ocultaba tras su pantalón, abultada caricia de perdición, de deseo infernal que la raptaba hacia la espiral de delirio que él encauzaba.

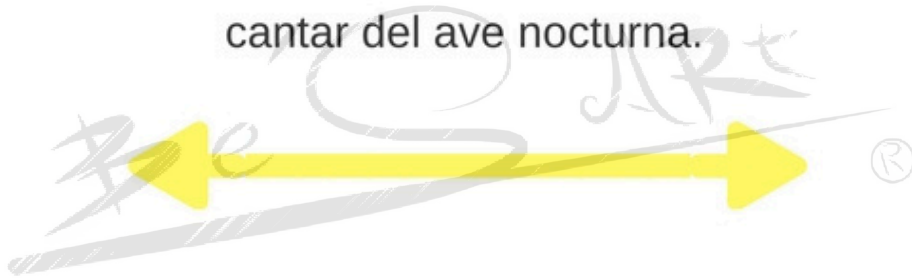
Quiso que la frotara, que la restregara, que la hiciese jadear.... Que la blancura de su piel nacarada y el roce de su negro cabello, la arrastrase a lo oscuro infinito. Que las afiladas uñas de él, le arañaran la fina piel de los muslos y crease surcos de resbaladiza sangre, que el frío metal de la uña artificial sobre su dedo meñique, repicoteara en el fruto de su hendidura y la dejase perderse en los sentidos.

Que delicia. Que diabólico tormento tan adictivo. Que tenebroso, sucio e insensible fue, y aun así, que llave maestra tuvo para que las puertas de su templo sagrado, se brindasen ante él.

Y cuando los cuerpos se acoplaron, el vínculo quedó sellado, el placer carnal fue mutuo, la conexión indiscutible. Y entre grillos, escarabajos y alimañas, le entregó aquello más que su alma.

Y destinados, rompiendo el pacto que antaños sellaron ajenos a ellos, cuenta la leyenda, que el poder de lo carnal, pudo a lo prohibido.

Y por los rayos, truenos y centellas, los gatos negros, las brujas frente a la Luna, los hechiceros y cada uno de los seres que dan forma a la noche malvada, los amantes hallaron su destino oculto entre ella y el cantar del ave nocturna.



EL MENTOR Y LA APRENDIZ

Y dejó que partiese sus bragas, que arañase la delicada piel de sus muslos y clavase los dientes en lo prominente de su culo.

Que la hermosura de entre sus piernas, se tornase caudalosa y resbaladiza, que fuese el único cobijo existente donde perderse, lugar donde expulsar energía acumulada.

Energía que el desprendería a través del dedo acusador, que comenzaba a abultar bajo la cremallera del pantalón, espoleta que daba rienda suelta a los copiosos ríos de lava sexual, que se precipitaban por las laderas internas de ella. Era hembra en celo, perra cachonda oculta tras la máscara de inocencia que había utilizado.

¡Qué bien supo interpretar su papel!
¡Qué astuta fue ganándose el terreno de él!
Su plan a seguir fue definido para este fin.
El que él la follase hasta la saciedad, el que se creyese el puto rey Neptuno.

¡El Puto Poseidón!



Para que su serpiente reptante, la envenenase con el gozo celestial del mismísimo Dios Supremo.

Y dejó que enroscase su falda a la cintura, que su boca se llenase de babeante néctar del deseo, que entrara y saliera todo lo que quisiera; lo dejó deleitarse, regocijarse en sus carnes, buscar instintivamente el tesoro del bucanero que guardaba para él.

Y él jugo y jugo, metido en el papel de dominante, de macho Alfa, descubriendo con cada paso que daba, que su aprendiz no era la sumisa que aparentaba.

Ella era la Omega, la mismísima Afrodita, la Diosa Kalima, la causante de la obsesión de él, la que se había paseado durante dos semanas en ropa interior cubierta por una simple bata de gasa traslúcida, remarcando a sus curvas, tornándolas apetecibles, insistentes en su pensamiento y estimulantes en su polla. Esas dos semanas las masturbaciones sucedieron continuas, ocultas tras los helechos de su mini balcón de cuarta planta, causando la envidia del vecindario, debido al verdor que comenzaban a mostrar; hasta su vecina del tercero llegó a preguntar cuál era su secreto.

Mejor fue no decirlo.

Así que con ella allí tumbada sobre el despacho destartalado, se preguntó cómo había llegado a esta situación. Simplemente le había traído el café de costumbre, el de las tres, pero cuando aquel cacho de muslo asomó tras la abertura de la traslúcida gasa, su mano actuó por impulso propio. Que delicia de carne, recordó haber pensado al tocarla, ahora su polla se metía por la acolchada raja que sin palabras le confesaba las ganas que tenía de ser follada.

Estaba que chorreaba y cuando el acorralamiento por parte de las piernas de ella, se hizo dueño y señor de la situación, sintió como lo engullían, como el foso del desvarío lo arrastraba a la eterna satisfacción.

Joder!!!! Su polla estalló. Se estremeció. Gritó, ¡Sí, Coño!

La madre que la parió, siguió contoneándose en busca de su propio orgasmo, utilizaba la polla de él como si fuese un consolador, seguro que ni pensaba en él, sino en otro que sería el verdadero causante del calor que desprendía su cuerpo. El solo era un mero objeto para ella, alguien con quien desfogar la tensión acumulada por falta de sexo, pero bueno, tampoco estaba mal. Sexo por desahogo, había que descargar las tensiones. Los dos salían beneficiados.

Bahhhhh!!! Sigamos follando se dijo, que hoy me toca ser a mí el aprendiz, dejaré que mentora me guíe, que me enseñe a jugar con una chica quince años menor que yo, divirtámonos.

Y siguieron, siguieron hasta quedar más que satisfechos, retomando sus respectivas tareas como si aquello fuese algo natural, algo como el decir voy a salir a correr, para ambos era físico, sin más rebuscamientos, sin necesidad de hablarlo.

Volver a ser el mentor y la aprendiz después del sexo sin tapujos, era el éxito de esa relación sexual señores.

Gozaron, aprendieron y volaron. Esas eran sus vidas. La del Mentor y la Aprendiz.



DESENFRENO EN LA BOHEME

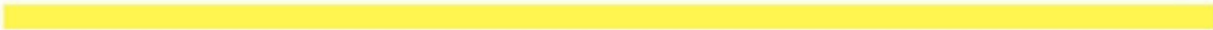
Marcando el paso a paso de su tacón, descubrió la sonrisa de la luna en el mes de abril, rodeada de deseo y sensualidad.

La brisa primaveral se enredaba entre sus piernas, percibiendo las notas musicales que se escapaban por las rendijas, de los ventanales todavía enclaustrados.

Aquel antaño e íntimo café perdido en las callejuelas de Montmâtre, la resguardaban de las miradas recelosas de sus amantes, y de las lascivas, de los que la deseaban y no podían poseerla.

La campanilla replicó anunciando la llegada, de la misteriosa mujer, bebedora de absenta a la "Boheme"





Expectante a su llegada se encontraba él, con una camisa acordonada al pecho y un tanto desalichada, el cabello oscuro y revuelto, golpeando la copa de tinto con la yemas de los dedos. Un aura varonil lo envolvía.

Sus miradas se cruzaron un instante, y dando otra profunda calada, observó como la mujer de cabello rojizo y ondeante, se inclinaba mostrándole el corte del ligüero que tensaba sus medias, donde más arriba, su rosada vulva sobresalía entre esos labios carnosos y apetecibles, que la culminaban.

Al girarse le clavó los verdes ojos, ausentes de temor y balanceando la absenta en su mano caminando hacia él. Las palabras en aquel instante no servían de nada, y sentándose a su lado, lo invitó a que con su mano se adentrara entre sus piernas. La de ella acarició la punta de su miembro viril, y con un sigiloso movimiento, se la saco sentándose sobre él, y frotarse con ansiosa presión.

El la levantó y se la metió, descubriendo bajo la apomponada falda el voluptuoso culo que se agitaba adelante y atrás, la presionó con fuerza de las caderas incrementando al vaivén, y cuando ella se torció sobre la mesa gimiendo de placer, la envistió arrebatado, corriendo y recorriendo hasta el último resquicio de su interior. La convulsión en sus cuerpos creció y creció, derramando al vino y la absenta, y creando un inusual color... tan inusual como aquel sexual encuentro.

En el interior de ella, él sentía como sus mojadas envolturas se la presionaban y se la soltaban, encauzando a movimientos circulares, que lo llevaron a estallar. La sacó a tiempo, justo para correrse en aquel descomunal trasero que tan bien sabía agitarse.

Y Silenciosa, del mismo modo que llegó, desapareció.... sobre la mesa... el tinto y la absenta, fueron los únicos testigos de lo ocurrido, bajo la mirada atenta de su verga, que todavía palpitaba.





POEMAS



Extra Specially Sweet



PHOTO: JEGRA

**PORQUE LOS ENCASILLAMIENTOS
SON UN ASCO.**

B.S.R.

Bé'SIRE[®]



“TODO POR UN BLUES”

Su timbre se confundió con la vieja y desgastada guitarra.

Esa que cantó la melancolía de su alma.

Y el señor Johnson, le arrastró con el blues que cantó.

Y le enganchó.

Y le llevó a una vida pasada, donde su piel tostada, fue perseverancia, donde no hizo falta soñarla.

Y “Chapeau à les tombés”

Arriba los caídos, que siguieron conglomerando las almas.

Chapeau a ese blues que persistió en su corazón.

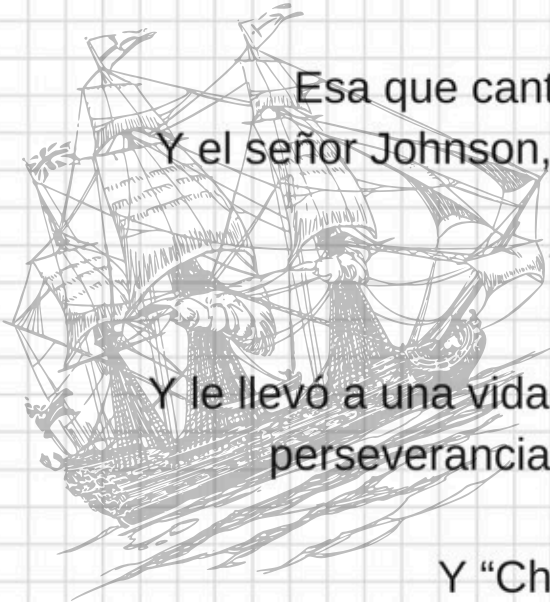
Y nunca se acalló.

Al humo viajante y fugitivo, que de su boca escapó.

Que levantó montañas, montañas que dieron forma, al empeño de su alma.

Y Venus se resaltó con su hermana, esa de luz plateada.

Donde reinaron las hadas... ¿Y se preguntó, por qué existió?



“AVE NOCTURNA”

Los sueños se perdieron en la oscuridad de la noche.

Se desvanecieron sin más, cansados de esperar.

Agotados de divagar, de perderse en caminos oscuros
que siempre encontraron el mismo final.

El despertar.

Y la mirada siguió vacía, perdida en la lejanía, en el infinito
abismo que alimentó a la locura.

El ave nocturna cantó en la noche.

Ave ajena al mensaje que en su canto trajo.

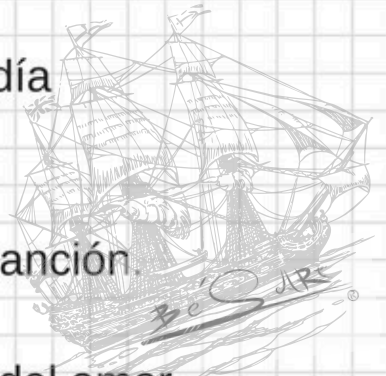
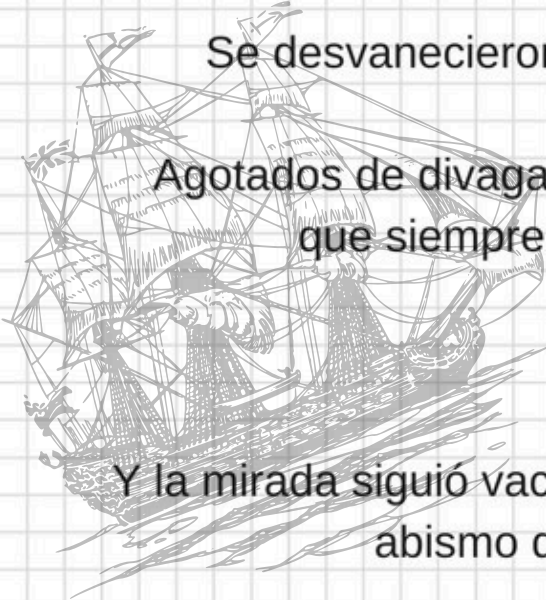
Ese que se confundió, con la melodía
que fondeaba en su corazón.

Ave de su dolor... tú que entonaste tu canción.

Ave afortunada y carente del sentimiento del amor.

Ave a la que envidió.

Y nunca cuestionó



“PASIÓN HISPANA”

La mano al frente.

Retuerse los de´o, que brujo te hechisan.

Y llega su hermana.

Y se acompañan con la´ palma´.

Y se alsan.

Convirtiéndola en la má´ chula del universo.

Y el taconeo se marca, seguío de la guitarra, que arranca al punteo.

Donde la dama se alsa y danza.

Embriagá por la pasión hí pana, que le corre por la´ vena.

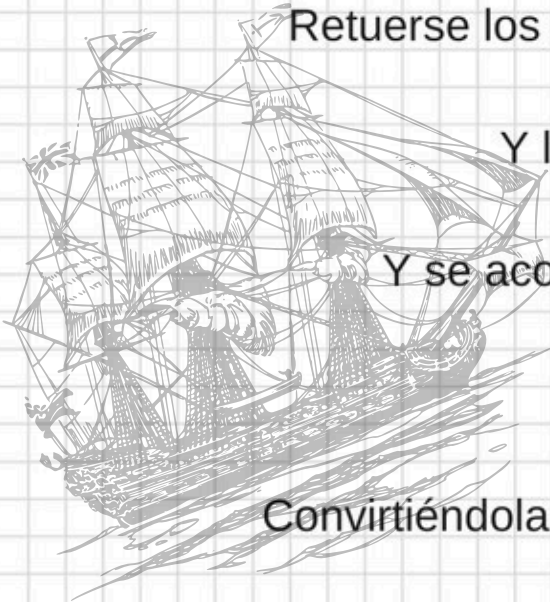
Esa que se e´ capa y t´ atrapa.

Bruja, hechisera.

Se le dise, por como mira, por como baila.

Y sí en verdad t´ atrapa, ha´ te cuenta, que e´ tá´ perdío.

Pasión hí pana.



“MY MELODY MAKER”

Voz magnética, Bachata de mi atardecer.

Sinfonía de mi noche.

Voz de sombras, encuentros e invenciones.

Donde busco tu compañía.

Donde bailo para tus ojos.

Donde doy forma a tú armonía.

Donde suspiro y entorno mis ojos.

My melody maker.

Dejo que el triste piano marque sus notas.

Alentando al imposible Sueño.

Porque tú eres una estrella allá en los altos.

Mientras yo solo soy, un insignificante grano, aquí en los bajos.

Amor inventado.

My melody maker.



“SIN RESPUESTAS”

Vagará solo, como debe ser.

Se obliga a pensar...

Sin ataduras, sin dictámenes.

Ni sueños enrevesados
en su compañía.

Mirando el mundo que lo rodea con ojos de cristal.

Solo viéndolo pasar.

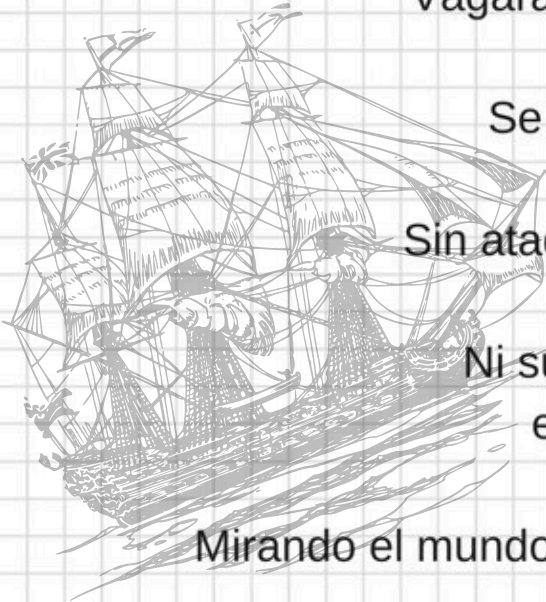
Escuchando al paso hueco marchar, para el siguiente escuchar
llegar.

Y seguirá siendo ese ingenuo que creará en cuentos de leyenda.

En historias que solo discurrirán en su cabeza.

Y se preguntará...

¿Por qué creyó encontrarla, en este mundo real?



“ERES IRREAL”



Le gusta saber que estás allá.

Le gusta ver tu inexistente luz.

En esa silla vacía de ti.

Y no le asusta la demencia.

En ella,
te encuentra a ti.

Y no eres obsesión.

Eres persistencia que habita en su existencia.

Y eres los sueños de las confesiones de su alma.

De su amor por ti.

Y eres el amor que con menos sentido conocido.

Eres un amor irreal.



"CARTAS POR AMOR"

¿Sabes mí amor?

Siempre te hablo en esta curva ascendente camino a casa, y tengo páginas enteras dedicadas a ti, a tú inexistente amor, al sueño brillante que se convirtió en niebla dispersa y nunca se aclaró.

Y yo no sé, si esta vida nos dará la oportunidad, o como queramos llamarlo, de tropezarnos.

Yo ya no sé, si el vocabulario que conozco me sirve para describir lo que permanece latente dentro de mi.

Yo acabo confesando que no quiero volver a escribirte, y sucesivamente, como un movimiento repentino, te dedico 20 páginas más.

Me paso el día intentando no desear las cosas que hago con otros contigo, obligándome a frenar a esa necesidad que mi ser siente de ti.

Me obligo a no estar triste, a pesar de haber aceptado vivir sin realidad de ti; y anoche volviste a robarme el sueño, y eso ya no me gusta, porque paso horas mirando una cama vacía de ti, sintiendo todavía a la distancia más grande, pensando por qué tuve que quererte, si yo nunca quise quererte.

Escuchando esa pregunta en mi cabeza.

Esa que dice ¿Le amas?

Y sonrío al vacío, y le respondo que eso no importa, que la pregunta correcta sería.

¿Sí puedo dejar de amarte?

¿Sí podré dejar de desahogar al espacio de esta habitación, las charlas que nunca tendré contigo, sí podré dejar de contarle al vacío cómo me siento contigo?

Siguen viniendo a mi cabeza cosas que no creí memorizar, detalles mínimos, pequeñeces, cosas prácticamente inapreciables, que carecen de importancia al escucharlas, pero que hacen que el recuerdo, se vuelva más intenso, y le dan el toque especial, que allí lo hizo especial.

Y mi retina, memorizó sin querer memorizar.

A mí, me siguen irrumpiendo tus manos.

Y ahora, mi amor, el caer sobre una almohada, se convierte en lo que fue caer sobre tu pecho y tu piel, donde me sentía tan cobijada. Ahora, cuando ando sola y tan lejos de ti, tus manos vienen a tocarme, y se acoplan a mis hombros y vuelven a presionarme, y amo y odio esta sensación, porque es una locura seguir sintiéndolas, cuando estás tan lejos de aquí.

Así qué, preguntarme si te amo

No sería la pregunta correcta, porque eso, ya está claro.

Yo siento dolor cuando intento dejar de amarte, yo siento que ese sentimiento ha creado vida propia y le importa muy poco, que yo me entregue a otro u otros, porque ya no hay ojos que me hagan mirar como los tuyos me hicieron mirar, porque ya no pido que me quieras, ya que el amor no se pide, nace sin sentido, como este que en mi ha nacido.

Y tú cara no se borra de mi cabeza.

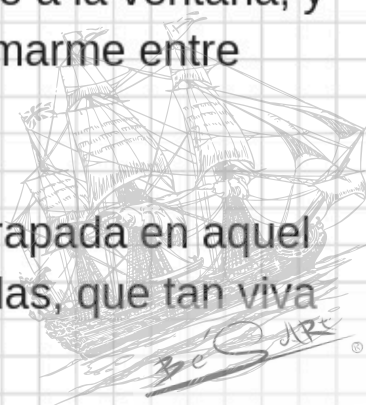
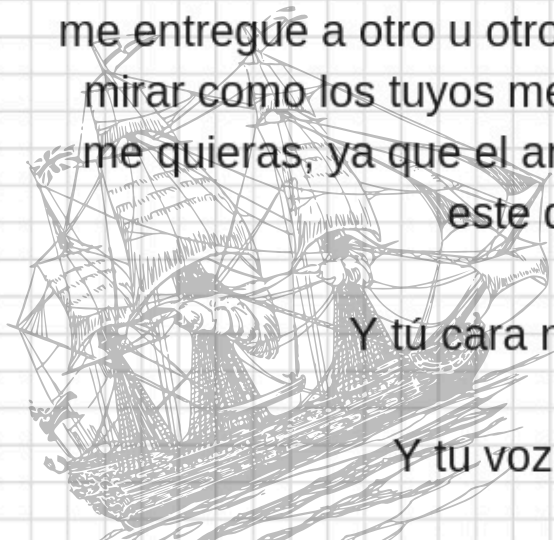
Y tu voz no se va de mis oídos.

Y me siento tan triste sin ti, que no puedo parar de sonreír, porque he aprendido a enmascarar lo que mi alma siente por ti, tras la sonrisa que todos aman.

Y a veces, me vuelvo a sentar en aquel sillón junto a la ventana, y te vuelvo a ver salir de tu habitación, para llamarme entre excusas y hacerme salir al sol.

A veces, vuelvo a ser consciente, de que sigo atrapada en aquel pasillo de ir y venir, de luz cálida y risas regocijadas, que tan viva y calmada me hacían sentir.

Pero mi amor, vivo, sigo viviendo, avanzando según se me



presenta el destino.

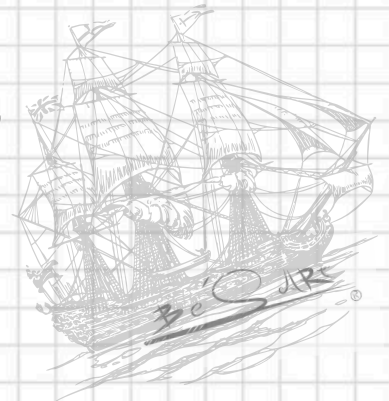
Sabiendo convivir con ese ganchito de ti, con ese silencio que es más que absoluto, con la distancia que ya no se mide en millas o kilómetros, si no, en el silencio que entre nosotros se ha creado.

Yo solo tengo bueno que recordar contigo, asumiendo los pros y los contras de tu personalidad sin sentido ninguno.

Contigo he sabido lo que es amar sin saber porqué, simplemente porque se ama.

Por eso mi amor, yo solo tengo sonrisas para ti, a pesar de haber conocido también al dolor que se siente por no ser correspondido, pero tu eres una bella realidad, y eso, yo nunca lo podré olvidar.

Tu nombre... sería un buen final.



"CORAZÓN"

Los días amanecen con voces que iluminan la oscuridad, la claridad está tras el cristal, oculta por marquesinas de metal y una reja que separa la otra verdad.

Donde el caminar en la oscuridad, se acompaña por la rumba y el ir a fumar. Donde la Luna me mira de frente sin atreverse a parpadear.


Y el océano ya no es igual, La Gomera está al final. Y convierte al mar en un espejo de cristal donde al sol reflejar.

Y tú, mi corazón, aporreas el cajón despertando al sazón, tus manos provocan temblor que desconozco, porque mi piel nunca más te sintió.

Cien millones de vagones hay entre tu y yo, y un único pasillo de conexión, lástima de los días que nos separan, mi corazón.

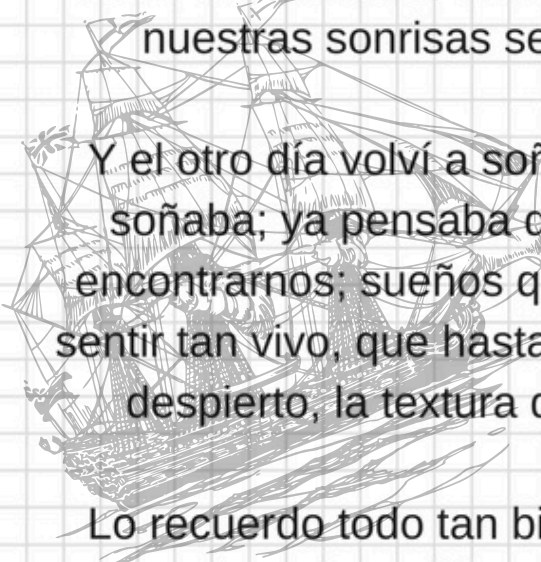
Tus ojos me delataron intención, tu fría cercanía que alguno criticó, en mí no funcionó, ya que tu aproximación en mí despertó candor, pero tú ya estás muy distante de aquellos días de verme escapar, para volver a regresar, cuando la marea comenzaba a calmar.

Y cuando escucho a mi nombre salir de tu boca, me creo que todavía me quieres, porque todo el esfuerzo que yo hago por no quererte, se pierde y se desvanece, cuando tu boca parece retenerme.




Y ahora miro al cielo y solo veo una estrella, cuando allí habían miles de ellas.

Y me gustaría que pudieras verme, para así yo poder volver a ver como me mirabas; como tus ojitos color ámbar, centelleaban y nuestras sonrisas se conectaban sin poder controlarlas.

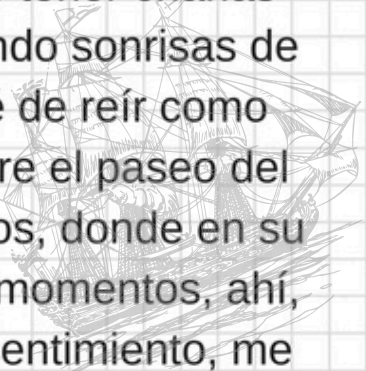


Y el otro día volví a soñar contigo; como hacía tiempo que no soñaba; ya pensaba que se había pasado, pero volvimos a encontrarnos; sueños que se sienten tan bien, donde te puedo sentir tan vivo, que hasta recuerdo el sabor de tus labios cuando despierto, la textura de tú lengua, el calor de tu abrazo....

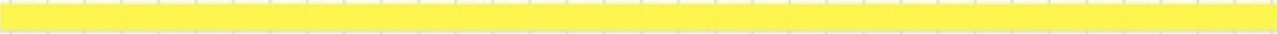
Lo recuerdo todo tan bien, que parece que me he ido a verte, para robarte los mil besos y más, que me faltan de ti. No sueño con otras manos que no sean las tuyas, aunque me obligue a hacerlo y a probar otras que se te parezcan....



Pero mí amor, tu no estás.... Y yo, yo ya dejé de tener charlas con el vacío imaginándote frente a mí, descubriendo sonrisas de amor contenido al fondo de una taza, yo ya dejé de reír como antaño contigo y acepté lo que es el olvido; y entre el paseo del Dorado y el de los Andes, hay un cruce de caminos, donde en su banco, yo me siento a pensarte, y ahí, vislumbro momentos, ahí, escribo encuentros, ahí, dejo que este estúpido sentimiento, me coma por dentro, ahí, dejo que fluyan los cuentos que cuento y me duermo recitando poesía que luego no encuentro.



Béjar

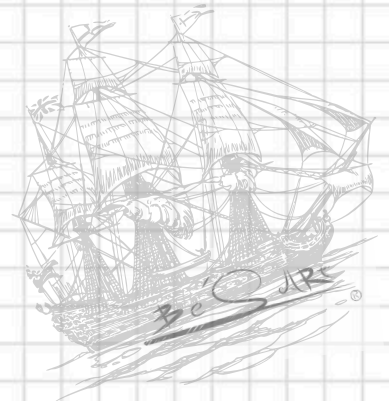
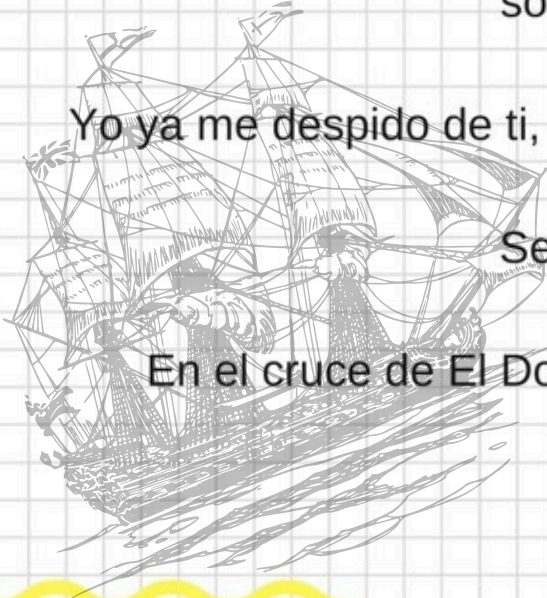


Y me quiero ir a los sueños que me invento, para poder vivir solo de este cuento.

Yo ya me despido de ti, mí más febril amor, mí más lindo amor.

Se feliz, mi corazón.

En el cruce de El Dorado y Los Andes, yo te encuentro.



"APRENDERÉ"

Miradas que quedaron en el aire.

Que se marcharon como corriente marina.

Esas que nunca se llegaron a sobrepasar, pero que dijeron más que cien palabras juntas.

Esas que de vez en cuando, volverán a traicionar a los sentidos, recordándonos lo que perdimos.

Miradas que se quedaron en el taburete de un bar, donde el alcohol local, dejó de soñar, con que él esperaba ver las mías llegar.

No te preocupes mi amor por mi desolación, yo ya se que soy la perdición.

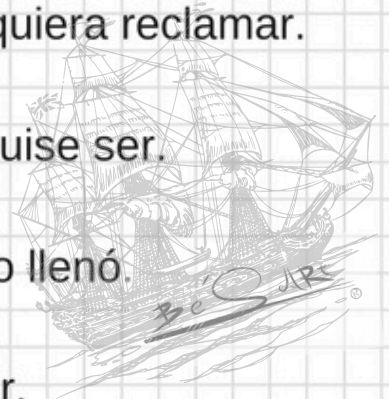
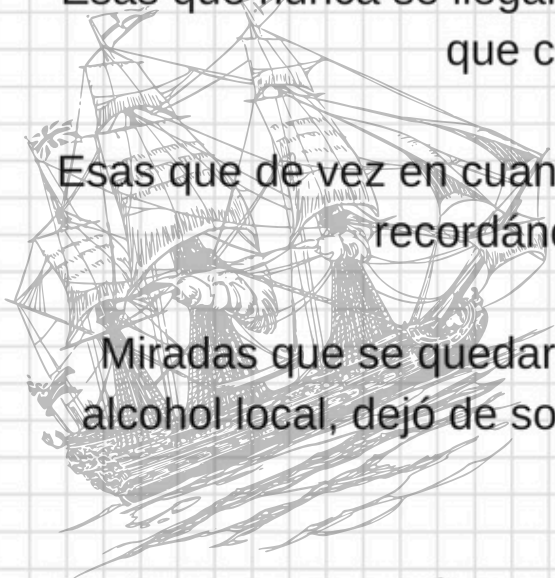
Yo ya me conformé, con robar tus besos en la oscuridad de una noche de setas, y no reclamar nada que no me quiera reclamar.

Ya me conformé, a ser la mundana que quise ser.

Aprendí a vivir con el hueco que el vacío llenó.

Aprendí a no soñar con verte llegar.

Aprendí a escapar cuando otras te vinieron a rondar.



A mentirte a la mañana siguiente, contándote que partí, porque era mi cama, la única que quería esperar.

...Aprendí a estar rota.

-¿Por qué se rompió? - Preguntó el niño embobado en la hermosa sonrisa de ella.

-Porque tomó una decisión - Respondió el anciano sentado a su lado.

-¿Pero... por qué se rompió? - El niño solo veía una bonita sonrisa.

-Para hacerse fuerte - Dijo el anciano posando el peso de sus años en el bastón donde apoyaba sus arrugadas manos.

-¿Y siendo fuerte se rompió?

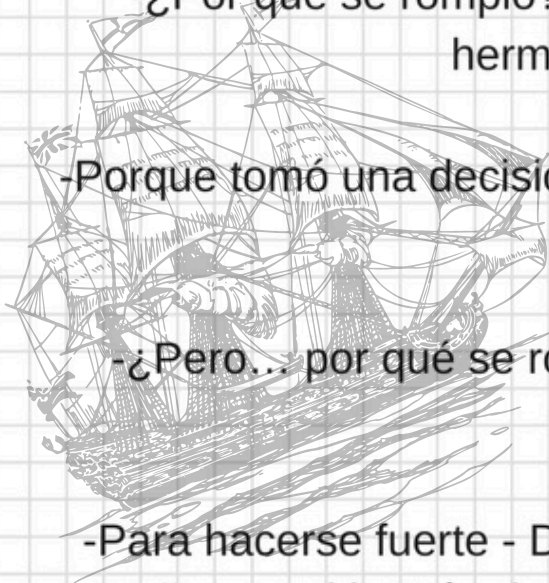
-Sí, se desquebrajó.

-¿Pero, por qué se rompió?

El niño no veía más allá del velo que ella quería mostrar

-Porque aceptó ser amiga en lugar de querida.

El anciano atravesó el velo que el niño no podía ver.



-¿Pero, cómo se rompió?

-Descubriendo al amor.

-Pero el amor es bonito - El niño pensó.

-No cuando se vuelve resignado silencio - El anciano desahogó un suspiro acompasado.

-¿Y por qué lo volvió silencio?

El niño no entendía como aquella sonrisa podía ocultar silencio.

-Porque no quiso perder los momentos a su lado, ni las charlas de dura sinceridad que él le ofreció.

-¿Los momentos al lado de quién?

-Del que amó, ama y amaré.

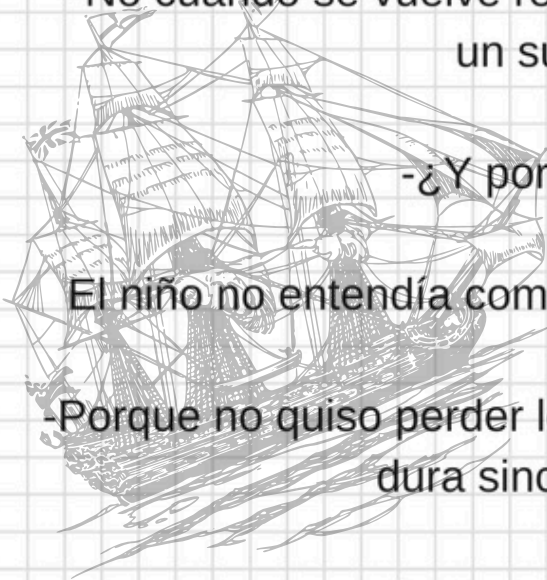
-¿A caso él no supo de ese amor?

El niño maduró en aquel instante sin comprender cual certero era.

-Él también tomó una decisión.

-¿Cuál decisión?

-La que a ella la condenó.



La curiosidad del niño creció.

-¿Y por qué no buscó otro amor?

-Porque el amor no se busca Él te encuentra.

-¿Y por qué él no vio ese amor?

El niño reaccionó.

-Porque ella quiso ver lo bueno de su interior, cuando en él,
nada bueno había que ver.

-¿Y por eso se rompió?

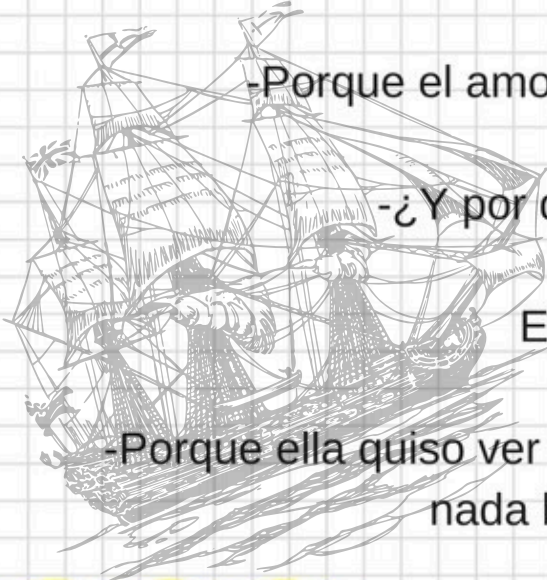
El niño recapacitó.

-Se rompió porque descubrió, que podía ser débil ante el amor
que él nunca le ofreció.

La hermosa sonrisa siguió vagando tras los pasos de los
ciudadanos.

Y en un atisbo de temprana Madurez, el niño comprobó, lo que
era, esa mirada de desolación.

Y así, él también aprendió.



"ALAS DE DESPRECIO"

Tú fuiste un día mi fiel confidente, esa amiga nunca olvidada.

Esa que un día vendió mi alma y traicionó a una hermana.

Tú desgarraste mi confianza y despertaste a la solitaria.

Y vagué años acompañada por la desconfianza, por la pena de sentirme traicionada.

Por los recuerdos que un día nos unieron, y tiraste a la basura, como si fuesen los de una extraña.

Y esa pena todavía me acompaña, aunque ya no se arrastra como carga pesada.

Y hubo un tiempo en que fue rabia, y ahora ya no sé ni lo que es, ya no sé ni cómo llamarla.

Y a pesar de que se dice, que hay que amar, perdonar y olvidar, yo no puedo olvidar, el olor a sábanas envueltas, en...

Alas de desprecio.

"LA NIÑA DE CRISTAL"

Los impulsos la mueven, y con el pasar de los años, aprende a controlarlos aunque no siempre, le guste atarlos o dominarlos.

Ha aprendido a aislarse, a pesar de que le hablen.

Ha aprendido a escuchar sin prestar atención.

Así que no es una buena elección, si lo que quieres es recordar.

Si recuerda, es porque su interior lo guardó.

Ha aprendido a amar a la soledad.

Ha quererla más que a cualquier cosa terrenal.

A necesitarla tanto como al respirar.

A buscarla, si los demás, la rondan más de lo normal.

Ha aprendido a escapar del mirar de los otros.

A taponar los oídos, cuando no le interesa escuchar.

A no esperar nada de nadie.

Y menos de quién espera que lo haga.

Ha aprendido a bloquear, si con ello consigue avanzar.

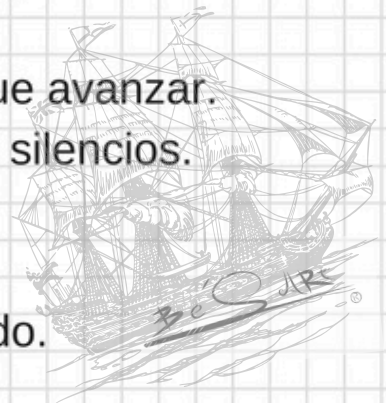
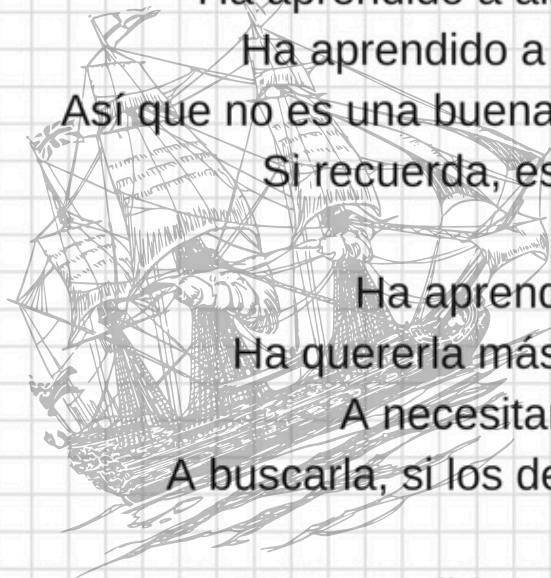
Ha aprendido a cargar con la carga de sus silencios.

A saberlos soportar.

Ha deseado, ha amado y ha probado.

Y sigue soñando como antaño.

Sigue esperando y buscando.



Sigue contando los cuentos que solo ella conoce.
Esos que guarda en los adentros.

Y es una extraña en un cuerpo que no siempre reconoce.
Pero sí conoce.

Y deja pasar al vacío frente a sus ojos.

Perdiéndose en el fondo del pasillo.

Llegando a ver sus sueños como recuerdos.

Observándolos desde la falsa retina que habita en sus ojos.

Dejándolos engañarla para poder ilustrarla.

Y esta locomotora no se acalla.

A pesar de ser la única que muestra constancia.

Ese lugar donde anida su disparatez.

Lugar donde prefiere residir.

Lugar al que se suele evadir.

Donde no capta la energía de los demás.

Ya que no siempre la puede soportar.

Y la realidad se mezcla con la ficción, pidiendo que vuelva a
respirar.

Pero ella no sabe si podrá volver a respirar.

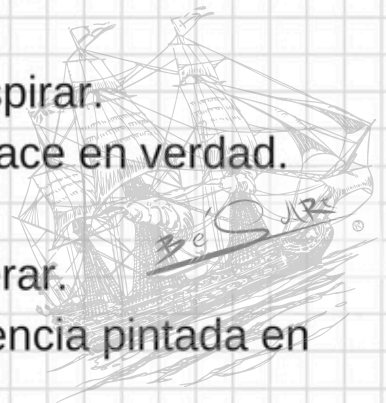
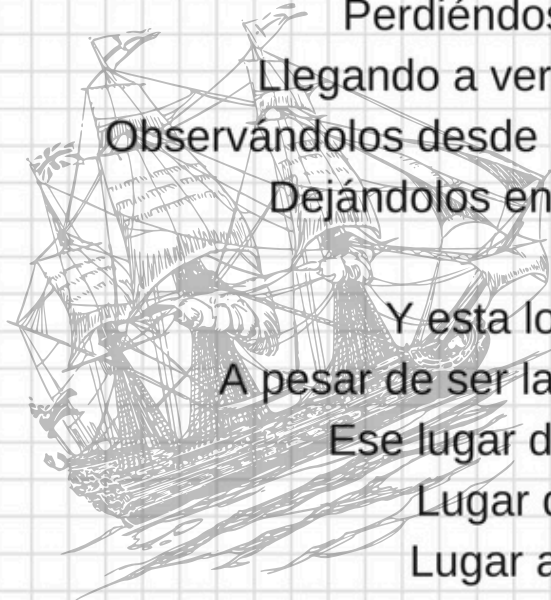
Podrá fingirlo, hacer creer a los demás que lo hace en verdad.

Pero ella seguirá sentándose a esperar.

A ver a la muerte llegar, con su sonrisa de demencia pintada en
la cara.

Diciéndole que de nada más se tiene que preocupar.

Que nada le pesará.



Que a nadie, le importará donde se pueda encontrar.

Será un ser inerte.

El cual solo despertará, cuando el viento le azote la roca, que cubre lo que esconde tras la boca.

Y aquí en su cabeza hay una isla.

Donde está todo y no hay nada.

Donde se ahoga y resucita.

Donde maldice y perdona.

Donde se pierde y se encuentra.

Donde todo la atormenta y nada le afecta.

Donde la pesadez se va a los brazos y los hace largos.

Recordando a los cuadros de "Elefantes Deformados"

De un tal Dalí.

Donde vuelve a ser esa niña, que perdía el mirar tras un ventanal.

Esa que los profesores decían, olvidarse de la realidad através de un cristal.

Esa que se evadía de todo, sin importarle lo terrenal, esperando encontrar su propia realidad.

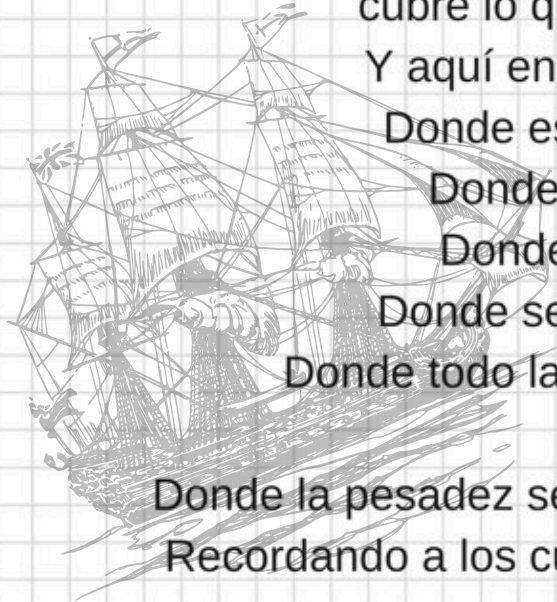
Y cuanto más tiempo pasó, más se quiso desenganchar y más se quiso olvidar.

Y el mundo le siguió sin gustar.

Y pensó que...

¿A dónde podría escapar?

P.D: Desde el psiquiátrico del "Mal Estar" la niña del cristal, vio los años pasar.



"NO TE ENCUENTRO"

Aparezco y desaparezco como el truco
sacado de un sombrero.

Y yo lo que quiero es tumbarme en tu alero.
Y que tu mano roce mi copero.

Yo solo quiero tenerte muy cerquita.
Y que mis manos se vuelvan pequeñas.
Pequeñas al roce de tu pecho.
Para así recorrer más trecho.

Yo no quiero las manos de un cochero.
Si no esas que marcan el minuterio de tú anhelo.

Yo me tumbo a platicar contigo,
para que muy, muy despacito,
nos rochemos el ombliguito.

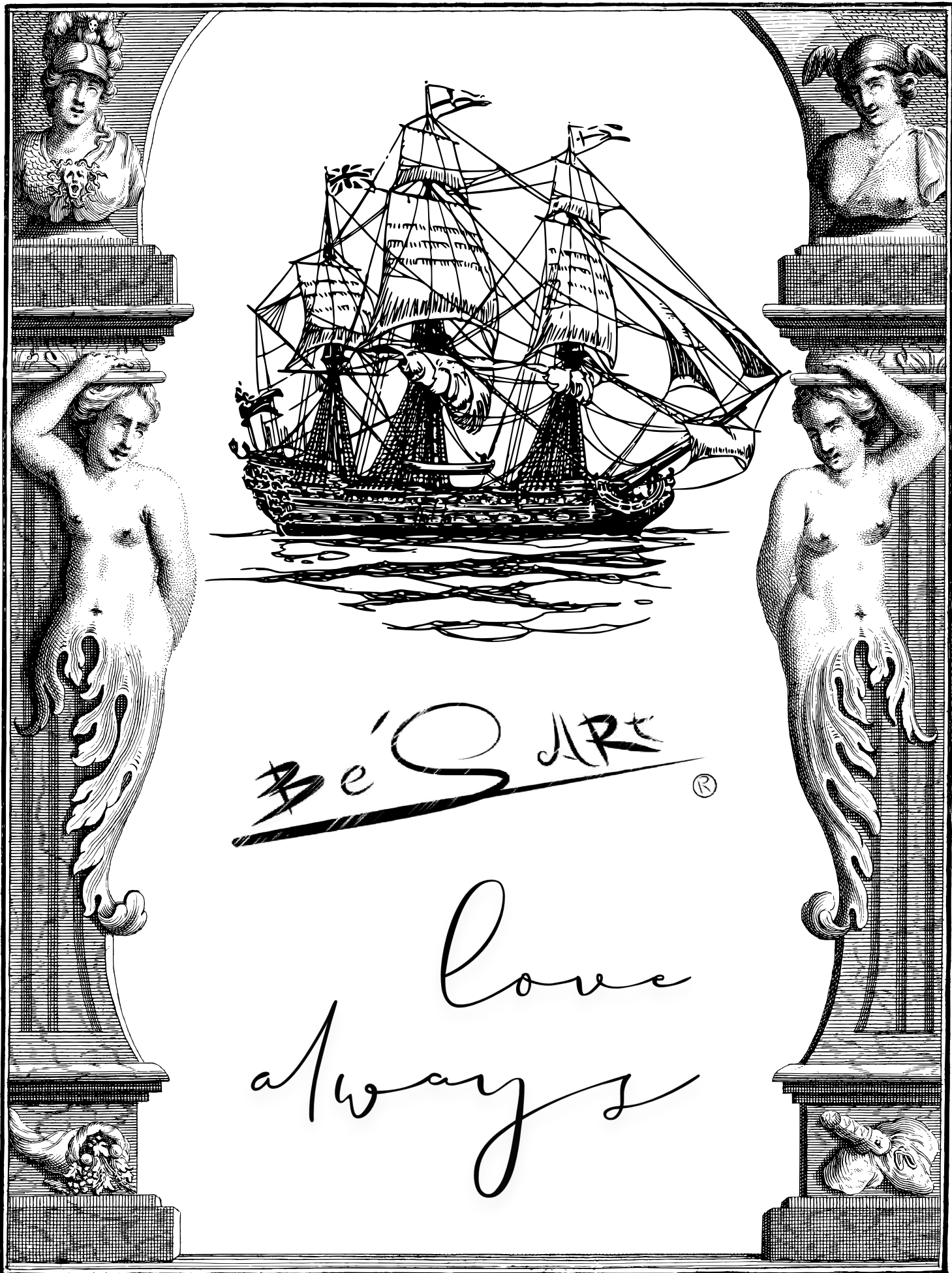
Yo no te hablo de un amor salvaje.
Yo te ofrezco un bello tatuaje.

Yo te pienso y ahí te encuentro.
Y el invento deja de ser un cuento.

Y me pregunto.

Be'S ART

¿Qué a dónde van los días, si en ellos, no te encuentro?



Be' O ART [®]

*love
always*